

La escatología del trabajo (y otros relatos)

juan lafont

Image not found.

Capítulo 1

El crucigrama de los domingos.

Había salido de mi casa intentando encontrar algún soplo de aire fresco traído por la tarde que mitigara el calor de Los Angeles en pleno verano. Como no lo encontrara decidí meterme en el bar de la esquina donde escrito sobre un enorme trozo de cartón con letras de pintura blanca se leía:

“TENEMOS AIRE ACONDICIONADO”

Joder, no sólo tenían aire acondicionado sino que hacían gala de ello creando en el interior del local un clima ártico. Al parecer el sitio también servía comidas pero al ser temprano no había mucha gente y la poca que había estaba acodada a la barra. Me acerqué a ella sintiendo como el sudor se secaba bajo y sobre mi camiseta, retiré el taburete y me senté en él, antiguamente había tenido algo de relleno para descansar el trasero pero el paso de los años lo habían vuelto una piedra de extrañas formas. Formas de mil traseros, desde el más gordo al más huesudo. Mi culo no sería el último en sentarse en aquel taburete que conoció tiempo mejores y cuyo destino no era otro que un bidón ardiendo, estufa nocturna para algún vagabundo el próximo invierno.

Miré con atención pero sin pasión todas las botellas tras la barra. Toda clase de licores. Todas las botellas sucias por un polvo blanco que se depositaba con el pasar de los días sobre ellas. Metí la mano en mi bolsillo y sonreí complacido al ver que tenía suficiente dinero aquel día. Mientras esto pasaba una voz salía de detrás de la barra para preguntarme qué quería tomar. Entonces tras meter la mano de nuevo en el bolsillo con cuidado de no dejar caer ninguna moneda alcé la vista y vi que la camarera estaba a mi altura, expectante como un niño mirando las noticias. Aún me quedé largo rato mirándola de arriba abajo, al menos lo que la barra interpuesta entre nosotros dejaba expuesta. La camarera preguntó otra vez, qué quieres tomar. Una cerveza. Se deslizó como si flotara sobre sus pies y sacó de una nevera bajo la barra un botellín de cerveza, metió la cabeza en un boquete oculto en la barra y la presentó sin la chapa, quieres un vaso, preguntó. Como respuesta un simple no hecho con la cabeza, parsimoniosamente, sin perderla de vista. Dos dólares. Los solté sobre la mesa, empecé a beber de la botella a grande buches. La tarde avanzaba y la hora de la cena se acercaba pero aquel antro que servía comidas y tenía aire acondicionado seguía con la misma clientela de cuando entrara.

Terminé la cerveza. Seguí mirando a la camarera. Ésta me preguntó si quería otra. Me encogí de hombros dubitativo. La camarera se agachó dejando ver un bien formado escote, sacó otro botellín, quitó la chapa

metiendo la cabeza en el agujero y me la entregó tras retirar el casco vacío de la primera. Otros dos dólares. Dos dólares más en la caja, otros dos dólares menos en mi bolsillo. La miraba con interés artístico al principio. Recorría con la mirada cada tatuaje de sus brazos. Toda la piel morena de la camarera estaba cubierta de tatuajes de todo tipo. Los lucía. Los lucía con orgullo vistiendo a pesar del frío interno del local una camiseta de tirantes blanca y unos pantalones cortos que casi dejaban a la vista los glúteos. Esos glúteos es posible que hayan contribuido a deformar el taburete donde ahora estaba sentado. Veía en la piel de la camarera arte mejicano, símbolos desconocidos, ángeles, estrellas y hadas de los bosques, algunas letras sueltas seguramente recordatorios de algún familiar o algún hijo de puta que la jodió y se marchó dejando su marca en el ganado.

Aunque no había nadie en el local la camarera parecía estar siempre ocupada. Iba de un lado a otro de la barra. Los que estaban sentados junto a mí debían ser los parroquianos habituales pues a cada rato se paraba a charlar con ellos aunque fuesen un par de frases inaudibles.

Levanté el botellín en señal de que había acabado con él y que me pusiera otro. La camarera con un andar descuidado se dirigió a la nevera de las cervezas y sacó otro botellín, lo decapitó y lo dejó delante de mí tras recoger el segundo casco. Te dolieron mucho, pregunté yo. Qué, dijo la camarera. Los tatuajes, si te dolieron, repetí. Algunos más que otros. Y eso. Depende de la zona en la que te los hagas. Ah. Y seguí bebiendo mi cerveza. Ella se había parado frente a mí, apoyada su espalda contra el botellero que contenía las botellas de alcohol y con un periódico en la mano se puso a rellenar el crucigrama.

Mientras que ella se volcaba en solucionar aquel revoltijo de palabras no encontradas yo recorría cada centímetro de su cuerpo. Ahora tenía mejor visión de ella. Cuerpo entero. Plano general. Mis ojos empezaban por los tobillos de tinta, subían sus piernas escritas usadas de lienzo, los brazos como museos hasta llegar al cuello, espiaba su cara para asegurarme de que no mirara y al ver que así era hacía de nuevo el recorrido a la inversa. Cuello, brazos, piernas, tobillos. Una y otra vez, mientras bebía la cerveza. Terminé con ella y pedí otra más. Me la puso, yo le pagué esa y la anterior que no había pagado. Ella lo agradeció pues se había olvidado. Sonreí, simplemente sonreí. Volvió ella a la posición que tenía hacía escasos minutos y yo volví a escanearla. De pronto me vi sorprendido tras escuchar que lanzaba una pregunta, oye, se te dan bien los crucigramas. Pss, respondí, nunca he hecho ninguno así que no lo sé. Bueno, si eres un chico listo se te darán bien. A lo mejor, probemos, qué necesitas, dije yo. Aficionado o conocedor de las artes, nueve letras, me lanzó. Tras pensarlo unos breves segundos dije, diletante. Ella miró en el periódico para ver si encajaba con el resto del crucigrama. Encajaba. Entonces me miró y sonriendo dijo, chico listo, a ver si no ha sido casualidad, conocido como el tercero de los emperadores buenos, siete letras. Con una sonrisilla

burlona dije, Adriano. La chica sonreía vagamente. Alguien la llamó al otro lado de la barra, mientras, yo seguía bebiendo de mi cerveza mientras miraba la huella que las gotas de condensación del botellín hubiesen dejado en la barra. La huella de un dinosaurio de vidrio. Cuando alcé la vista y miré al frente la camarera había abierto otra cerveza y deslizado en mi oído, a ésta invita la casa. Yo me limité a levantar la botella en señal de agradecimiento, y bebí. Pasamos un rato resolviendo el crucigrama juntos y liquidando algunas cervezas más de las cuales no pagué ninguna.

Poco a poco, la interrogué un tanto sobre las tatuajes que llevaba por todo el cuerpo. Verdaderamente eran un mapa vital de aquella mujer que trabajaba tras una barra en un antro con aire acondicionado, lo que ocurre, le dije, es que llegará un momento en el que no te quedará sitio para grabar nada más de tu vida y entonces tendrás que dejar de vivir. Esa es la idea, dijo ella como respuesta a modo de sentencia. No supe cómo reaccionar ante aquello. Cada vez que miraba en derredor veía a la misma chusma que cuando entré pero habían pasado sin embargo varias horas acercándose la hora de cierre.

No volvimos a hablar en las horas restantes que el bar se mantuvo abierto. Ella miraba el reloj en lo alto de una de las paredes sin ninguna pasión, parecía tener más ganas de estar en aquel bar que de salir y volver a casa donde nada la esperaba. Con voz dulce pero firme empezó a echar a los beodos del local, yo esperaba mi turno de salida pero no me dijo nada así que decidí quedarme allí sentado ya que en la calle hacía un calor infernal a pesar de ser entrada la madrugada. Vi como la camarera se colocaba tras la barra y bajaba varios interruptores que apagaban los rótulos fluorescentes de la calle tras lo cual se puso a limpiar la barra con un trapo empapado en ginebra barata. Comenzó por un extremo de la barra y se fue deslizando junto con el sucio trapo hacia el otro. Cuando estuvo a mi altura, le dije sin ningún tipo de emoción en mi voz, siempre he querido acostarme con una mujer que estuviera toda tatuada. Toda la respuesta de ella fue reírse sin sonrisa y sin parar de frotar la barra con el trapo y la ginebra. Cuando terminó de hacerlo salió de la barra se dirigió hasta mí y me dio un beso que sabía a tabaco y alcohol. La puse sobre la barra para después hacerlo yo. Y allí mismo, con deseo por mi parte y sin amor por parte de ella pero con pasión empezamos a hacerlo. Mientras yo movía mi cintura con ritmo ella recibía con muslos tatuados y abiertos toda la enormidad que surgía de mi entrepierna. Toda aquella cerveza me retardaba el rematar la faena pero aún daba gracias porque estaba puesto el aire acondicionado.

Capítulo 2

Aceite de oliva virgen extra.

La rutina de siempre. Miré primero como de cargado estaba el ambiente, la densidad de gente que había comprado. Era uno de estos supermercados a los que vamos a comprar los que no tenemos dinero. Los propietarios eran armenios, lo que hacía que gran cantidad de la clientela y los productos también lo fueran. No sé si esto tenía algo que ver con la mala calidad en la mayoría del género que vendían. Cuando escoges entre lo barato tienes que joderte y coger lo que hay. Que la mayoría de los ingredientes y componentes de cada artículo provocaba cáncer... bueno, y qué quieres, comer sano por treinta céntimos la libra de tomates. Con las manos aún vacías me dirigí al otro lado de la nave que hacía las veces de local, era un local enorme. Me metí en el pasillo donde se encontraban las bolsas de patatas fritas, elegí las que tenían sabor a cebolla, la abrí y el di un tiento. Como se me quedaban pegadas a las muelas me fui a una de las neveras que estaban situadas junto a las cajas registradoras, saqué medio litro de Dr. Pepper y le di un trago. Le puse el tapón y en una mano sujetando la bebida y en la otra el paquete de patatas volví a la puerta de entrada. Divisé un carrito vacío y de forma disimuladamente descarada lo agarré y me lo llevé hasta donde estaban todos los palés de la fruta y la verdura.

Como el calor apretara cada vez más había decidido hacer ingente cantidad de gazpacho andaluz que además no engordaba mucho y con el precio de la verdura no saldría demasiado caro, lo que nos dejaría a Elizabeth y a mí más dinero para malgastar en salidas. Nuestra casa era un pequeño horno y eso lo habíamos cogido como excusa para tirarnos a cada rato a beber. Me fui para los tomates colocados justo en medio de la verdulería. Un tipo que contaba más de cincuenta años en su rostro estaba pasándolos de unas cajas que llevaba en un carro al palé central. Uno a uno, con sumo cuidado pero con rapidez. Primero les quitaba lo verde, como si estuviera descapullando margaritas en busca del amor, tras lo cual soltaba la fruta en el montón que iba creando poco a poco hasta que alguna mujerona con gran cantidad de maquillaje en la cara y demasiados hijos en el mundo pasaba de tres en tres los tomates a las bolsas de plástico dispuesta para este fin. En ocasiones parecían un grupo de tiburones hambrientos a los que han echado la carnaza. Con riesgo de perder la mano terminé por lanzarme al mogollón armado de bolsas y empecé a meter aquellas bolas rojas todo lo rápido que pude de tres en tres o de cuatro en cuatro a todo lo que dieran mi grandes zarpas y la agilidad de mis dedos.

Cuando terminé me fui para una de las básculas y vi la cantidad. En función del peso sabría cuantos pimientos, cebollas, pepinos y ajos debería recolectar para el gazpacho. Fueron cuatro bolsas de casi cuatro

kilos cada una. Esto eran tal y cual cantidad de demás ingredientes. Mientras me desplazaba por la amplia sección la bolsa de patatas y el refresco iban bajando en su contenido. Me movía sin prisas entre la muchedumbre. Los carritos eran demasiado grandes y los pasillos extremadamente estrechos en su afán por ahorrar espacio y poder construir estantes y más estantes llenos de toda clase de productos. Ya me imaginaba a los egipcios fustigando sin piedad a los judíos para que colocaran en el stand más alto los rollos del papel de cocina. Veía la botella que iba por la mitad y entonces pensaba, eso de que si ves la botella medio llena o medio vacío mezclada con el optimismo de tu carácter estaba bien, un poco manido y una mierda en potencia pero para algunos psicólogos de pastel podía servir pero yo sin embargo veo la botella a la mitad, qué cojones quiere decir esto, me interrogaba a mí mismo.

Cuando acabé con la verdulería entré en la zona de la comida envasada. Aunque no me hacía falta nada de ahí me gustaba dar por culo con mi inmenso carrito a las gordas mejicanas que andaban desorientadas y los armenios y demás que no tenían fuerza suficiente para empujar toda la compra que en ellos llevaban y alimentarían durante corto tiempo a sus docenas de familiares.

Siempre terminaba cayendo algo que no necesitaba. Estaba parado frente a las aceitunas. Latas y latas de aceitunas. De todas partes del mundo. Egipcias, italianas, griegas, israelíes, y por supuesto, españolas, aunque estaban bastante lejos de poder compararse con sus otras compatriotas que se habían quedado al otro lado del océano. Y más allá. Por fin me decidí por unas que venían en una lata amarilla. Casi todas ellas venían en lata y ocultaban lo que realmente llevaban dentro debiéndote guiar únicamente por las descoloridas fotografías que mostraban las etiquetas. Sin mirar hacia delante empujé el carrito y choqué contra algo que resultó ser una señora de piel blanca, no sé si era su piel blanca realmente o se debía al resultado de todo el polvo que se había puesto en el rostro y una melena de pelo castigado recogido en una gran moño. Con un inglés que la delataba extranjera y apenas entendible me rogó que si podía bajarle una lata de alcachofas situada arriba del todo. Levantando el brazo a los cielos cogí triunfal la lata para depositarla en las manos de aquella anciana mortal. Me enseñó unos dientes amarillos en una mueca que pretendía ser una sonrisa mientras decía un fuerte Zan kiu. Le devolví una sonrisa floja cuando noté que algo tiraba de mi camisa desgastada. A mi espalda otra anciana me sonreía mientras a la voz de un por favor me señalaba un paquete de pimientos asados en un stand demasiado alejado de su campo de maniobra. Por supuesto, le dije, mientras volvía a levantar mi divina mano. Segundos después tenía su premio que mi longitud había conseguido sin esfuerzo pero con regocijo estúpido. Unas extrañas punzadas en mi hombro que me hicieron llevarme las uñas para rascármelo me revelaron que otra señora, ésta mucho más mayor que las dos anteriores si cabe, me señalaba un tarro de pepinillos en vinagre. Sin

decir palabra ninguno de los dos volví a obrar uno de mis milagros. Todavía no había puesto al alcance de la mujer el tarro cuando una mujer, mejicana, a la cual perseguían como si se tratara de patos en fila tres niñas con piel más oscura que la tierra me pedía el mismo favor. Lo hice. Pero otra vino, y otra, y otra. Tenía la sensación de que el pasillo se llenaba cada vez más y más. Veía pasar a alguno de los reponedores con su nombre escrito en una tarjeta ondulándoles en el pecho sin hacer el menor de los esfuerzos por librarme de aquella tortura. Una mujer llegó a cogerme del brazo para llevarme al pasillo contiguo para que le cogiera una caja de galletas de mantequilla que estaba en oferta. Raudamente alcancé el paquete, lo dejé en su carrito repleto y salí a paso ligero en dirección contraria por la que había llegado. Seguro que todavía había algunas esperándome junto a mis cosas. Así que para hacer tiempo me escondí en la parte donde estaban los panes y pasteles.

Allí el olor y el color era algo maravilloso. Quién podría adelgazar si era más barato comer mal que bien. En un país donde cuesta más una manzana (sin pesticidas) que un donut cubierto de chocolate. Cogí un donut y con grandes bocados di buena cuenta de él. Me fui para la sección de la carnicería que estaba al lado, cogí número. Después me fui a la charcutería e hice lo mismo. Volví con cauteloso paso al pasillo donde había dejado abandonada mi compra. En el viaje me crucé con la primera señora, la de la cara blanca, no se dignó ni a mirarme a la cara. Bueno, ya obtuvo lo que quería. Allí estaban todas las bolsas de verduras, solas y abandonadas. Como mi turno estaba lejos de llegar tanto en la carnicería como en la charcutería me adentré en otros dos pasillos. Compré unos bolígrafos, un par de libretas, una baraja de cartas de ínfima calidad, vinagre y sal. Volví para ver el número por el que iban. Como me había tomado demasiado tiempo en mi devaneo perdí el turno con los embutidos. Tenía el setenta y cinco e iban por el setenta y siete. Con cara de pena me acerqué a la primera empleada que vi con manos libres tras el mostrador y le dije que no había escuchado mi número. Se lo dije en español pues noté era mejicana. No pasa nada, me dijo, dime qué quieres. Eché un vistazo al expositor, no sabía si quería realmente algo. El salami y el pavo ahumado estaban en oferta, esto significaba que estaba presto a ponerse malo. Escogí una libra de cada uno, pedí si podía probar un poco del pastrami, señalé el más caro que tenían, me comí las dos lonchas que me dio en un papel y con cara de duda le dije que eso era todo. Eché un vistazo a la carnicería y vi que el marcador mostraba el cuarenta y dos, yo tenía el cuarenta y cuatro. Empujé el carrito y eché un vistazo a la carne que tenía un aspecto horrible.

Llegó mi turno y un mejicano con el bigote más fino que nunca haya visto me interrogó sobre lo que quería. Dame... y dejó la e flotando en el aire varios segundos. Dame una pechuga de pollo entera pero sin macerar. Algo más, preguntó. Sí, una libra de carne picada de cerdo. Es carne molida. Me la suda. Perdón. No pasa nada, me la llevaré aunque sea carne

molida.

Me fui para el pasillo donde estaban las neveras con las diferentes marcas de cerveza y demás bebidas alcohólicas. Me fascinaba la capacidad del ser humano para generar aquella cantidad de vicio líquido. Y de todo tipo. Vi entre dos botellas de vodka una oquedad que me sirvió para esconder la bolsa de patatas que contenía unas cuantas migajas y la botella de Dr. Pepper vacía y librame de los casi siete dólares que costaban ambas. Tenía en casa una caja apenas abierta de treinta latas de cerveza. Observé entonces todas las etiquetas amarillas brillando con disimulo en las estanterías junto a las botellas de cristal. El que fueran de color amarillo quería decir que marcaban un precio rebajado. Pasé el whisky y vi algunas botellas de ron y vodka que no superaban los diez pavos. Puse dos de cada clase junto a las cebollas. Salí del pasillo viéndome de nuevo en la charcutería. Di la vuelta en dirección a las cajas registradoras y sus cintas. Cuando salí de entre las estanterías una mujer asiática, tenía cara de china, casi me amputa un pie con su carrito. Era increíble. Cada vez que iba en mi coche y tenía algún amago de accidente en el que se veía involucrado otro vehículo el conductor de éste era un asiático. Eran terribles conductores. No sé si se debía a algún factor genético, cultural o yo que sé, pero era algo que me fascinaba el ver que ni siquiera eran capaces de manejar el carrito de la compra sin poner en peligro la vida del prójimo. Además que se la traía floja. Ya fuera en el supermercado o en plena autopista por mucho que les pitaras ellos tiraban para adelante con caras inexpresivas e impasibles ante cualquier tipo de altercado. Del que ellos tenían la culpa.

La caja número tres tenía poca gente, o al menos la gente que había en ella no venía muy cargada de artículos. Me puse en ella convirtiéndome en el último durante al menos unos segundos. Me di cuenta de lo triste que era aquel supermercado. En España me parecían más alegres. La gente iba de aquí para allá. Los pasillos es verdad eran más amplios, esto hace que te sientas menos ahogado por la circunstancia. Posiblemente. Pero la gente era triste. Las mujeres iban demasiado maquilladas. Todos ellos eran tremendamente obesos. Sus ojos se escondían tras pliegues de carnes que se convertían en párpados inertes. En su manera de andar podías sentir la tristeza de la vida fracasada. Esperaban el día en el que el enterrador cavara sus tumbas. Demasiado tiempo atrás se habían dado por vencido y no parecía importarles, al menos ahora no les importaba. Daba igual la raza, la cultura, el origen, la educación. Entre estas cuatro paredes había una auténtica desolación de almas en pena que habían cambiado sus cadenas por ofertas en la leche. Mirabas a las cajeras y veías que aunque jóvenes formaban parte de aquella muchedumbre entristecida. Una marca de tribu tenían todas ellas, pues todas eran mujeres, en sus rostros manchados de afeites. Se hacían la raya del ojo tan longeva como la agonía de un soldado herido. Me llegó el turno y desperté de mi breve aturdimiento. El corazón latía pausadamente. Sería yo uno de ellos, me preguntaba depresivo. Cuando saliera de allí iría a

Silverlake para comprar el aceite de oliva que aunque más caro merecía la pena. Allí los pasillos eran anchos y la gente iba en buenos coches. Coches ecológicos. Eléctricos e híbridos. Todos concienciados con el medioambiente mientras que las bombillas de sus casas consumen la verde energía nuclear. Pasé la tarjeta por el aparato y por suerte la cantidad era razonable para que el banco no la denegara.

Encaré la puerta empujando el carrito ahora lleno de bolsas de plástico repletas. La tarde hacía más triste toda la escena. A cada paso yo salía de ella a la par que cruzaba el aparcamiento. Había dejado el coche en la otra punta. Junto a un edificio que daba algo de sombra y como yo era de los pocos que no tenía aire acondicionado en todo Los Angeles era algo a tener en cuenta. Veía los coches aparcados. Desde el mercedes más moderno hasta el ford más destartado. Toyota, lexus, bmw, hiundai, chevrolet,... siendo el mío el único daewoo. Metí todas las bolsas en el maletero. Dejé el carrito suelto, corriendo libre por el aparcamiento disfrutando su libertad en la leve pendiente del pavimento mientras que yo me sentaba tras el volante. Puse la 91.5 que emitía música clásica las veinticuatro horas del día para evitar tener que escuchar a esos putos cantantes que son hombres con pintas de lesbiana y así salí del aparcamiento. Esperando que el gazpacho que iba a hacer me durara todo lo posible para no tener que pasar demasiado pronto por todo este martirio. Otra vez.

Capítulo 3

placa y urinario

No sé cuánto tiempo habría pasado desde la primera vez que vi la placa sobre el urinario. Algo más de un año, me respondió mi recuerdo. A quién importa la fecha. Entré en el servicio y salí de él con la vejiga vacía. La cabeza llena. Todo el bar estaba alumbrado tan pobremente que parecía andaba en la obscuridad más absoluta mezclada con mi miopía. A cada instante chocaba con personas que iban de aquí para allá. Algunos eran camareros haciendo su labor, otros simples clientes viniendo de la barra y yendo a no sé dónde, probablemente al lugar donde se atrincheraban los compañeros de parranda. En una esquina de la barra se encontraba ella. Acodada. Justo en el lugar donde la dejé al marcharme al baño y a soltar toda la cerveza y el vino que habían servido de bebida para la cena. Notaba aún el sabor de los espaguetis en el cielo de mi boca. Un cielo nublado por nubes de tabaco, rayos de alcohol y truenos de cocaína. Esta es la noche de nuestro aniversario y la cogemos como excusa para gastar el dinero que no tenemos en un buen restaurante y beber en los bares del centro que son capaces de cobrarte dieciséis dólares por una copa. La cordura a pesar de las alturas en la que nuestros cerebros se encontraban hacía que desistiéramos en nuestro peregrinaje por estos locales. Como siempre, íbamos armados con una petaca llena hasta los topes cada uno. Me acerqué hasta ella que me esperaba con el ron todavía intacto a excepción de un sorbo. Ella había pedido un Martini, dirty Martini creo que se llamaba, algún mejunje hecho con el líquido de las aceitunas. Me había arrejado con una persona extraña en el beber. Eso me gustaba. No nos decíamos nada. No teníamos nada que decirnos. De dicha forma y ambos acodados en la barra de madera espiábamos en la obscuridad del ambiente a todos los que por nuestros lados pasaban. Mi izquierda. Su derecha. Si veíamos a alguien digno de observación minuciosa nos llamábamos la atención con una simple mirada cómplice. Con ella enganchábamos la voluntad el uno del otro y nos obligábamos a girar la cabeza, cambiar el barrido que nuestros ojos llevaban a cabo para dirigirse a la zona o el objeto a espiar. Aunque llevaba mis mejores galas la calidad de mi ropa aún pasando desapercibida no podía compararse con la de la gente en derredor. Eso no quitaba que la mayoría de ellos vistieran de forma ridícula. Pantalones demasiados estrechos, cortos en los tobillos, como si se les hubiesen quedado pequeños tras meterlos en la lavadora. Recuerdo cuando en el colegio debido al estirón se me quedaban todos los pantalones cortos en las pantorrillas y me hacían parecer más estúpido en extraña mescolanza con la mía estupidez suscitada por la terrible edad del pavo. Era un chaval con extraña voz, largo como un pino, delgado como un fideo y encorvado como un viejo que espera la tumba. Me movía con el compás de los desheredados en un campo de prisioneros condenado a trabajos forzados. Conseguí convencer a mi madre en aquel entonces para que me comprara los pantalones bastante más largos de lo

que realmente necesitaba, de esta manera salvaría un poco el honor adolescente que tanpreciado me era, estaría a salvo de las burlas de mis compañeros, todos más bajos que yo y por lo tanto exentos de tal humillación, y de las risitas y miradas de las niñas que me martirizaban lanzando sus ojos de reojo sin decir nada. Me ponía enfermo, nervioso, era una indignación que subía desde los dedos de los pies vía las piernas, troncos, cabeza, de ahí se extendía a los confines de mi anatomía por ver, simplemente ver, a todos estos horteras vistiendo pantalones tres tallas, o las que fuesen, más pequeños, camisa blanca, pajarita y tirantes. Dónde coño me había metido.

Era un bar típico de los angeles. Llevaba abierto desde el año mil novecientos y algo. Siete u ocho. El año me importaba lo mismo que el tiempo que había pasado desde que vi la dichosa placa por primera vez. Siempre lo más importante ha sido el presente para los que estamos y el futuro para los que no están. El pasado por ser pasado de poco importa sino es para aprender de los errores ajenos, práctica que no se ha hecho nunca y nunca se hará. Dudo mucho que la clientela de hace cien años se asemejara a la panda de mamarrachos que ahora andaban de un lado para otro portando en sus vasos de diseño bebidas tan caras que casi tenías que pedir dinero a un prestamista para pagar la cuenta. Esto hacía percatarme de mi situación económica. Me había acostumbrado a vivir con poco dinero y eso me gustaba. Cuando lo necesitaba estafaba a algún gilipollas y asunto resuelto. Trabajar se me hacía cada vez más indignante. Trabajar de algo que no me gustara era la forma que nuestra era tenía de expandir la esclavitud por todos los rincones del mundo. El trabajo no deseado para conseguir dinero con el que comprar cosas innecesarias. Un cuchillo eléctrico para cortar el pavo en acción de gracias, una televisión tan grande que no cupiera en la pared del salón, muebles de diseño sueco de ínfima calidad para poner libros que compramos porque quedan bien en el salón pero cuyo contenido ignoramos, una máquina de coser antigua que nunca usaremos pero que queda divina con la mesita de café encontrada en la tienda de antigüedades del viejo aquel y que nos vendió por un riñón. No es que seamos consumistas o capitalistas es que somos gilipollas sin importar dogma alguno. Toda la civilización es una panda de gilipollas atada con un gigantesco lazo rosa. Es la condición humana. Somos antinaturales y así lo demostramos en nuestra evolución diaria. La cabeza se me despeja de ideas cuando miro las piernas de Elizabeth. Tiene piernas bonitas. Hoy no puedo dejar de mirarlas. La minifalda negra con pequeñas flores estampadas deja ver gran parte de su longitud. Enfundadas en medias de nylon, con zapato de tacón. Embellecen esas dos columnas cubanas en competición directa con el más hábil de los arquitectos griegos. Deseo llegar a casa para estar entre esas dos piernas. En la obscuridad la claridad de sus ojos atraviesan el aire para clavármeme en mi corteza. Sus ojos, un poco vidriosos a causa del alcohol son hipnóticos. Son látigos con los que me maltrata el alma desde el primer día mientras exige conocer mi nombre de esclavo pero

resisto siempre todo lo que puedo y grito, me llamo Kunta Kinte.

De un trago me acabo lo que queda en la copa. Le digo que voy al baño para recargar con el líquido que llevo en la petaca, petaca oculta en el bolsillo interior de mi cazadora. Cuando entro un tío está meando en uno de los dos urinarios. De los dos urinarios uno es el que tiene la placa. Me indigna, ciertamente. Acaso intentan reclamar a escritores más locos que yo con esta señal de metal dorado y letras negras en su bajorrelieve, me pregunto. Hago como el que me lavo las manos para dar tiempo al tipo de que termine y me deje solo. Por precaución. Es posible que sea amigo de cualquier trabajador del bar, puede incluso que sea el mismo dueño del bar heredado y haga que me echen a patadas por meter alcohol de contrabando. Tarda una eternidad en terminar de mear. Se mueve, se mece como si fuera en un barco. Está borracho. Buena es la cogorza que lleva en lo alto. Sus piernas de nylon cruzan por mi mente. Por un instante me olvido de la placa que no dejo de leer. Es posible que esté esperando a que sea yo el que me marche para sacar él una petaca. Quizás. Finalmente desaparece. Me deja solo. Estoy solo. Saco la petaca y echo el licor. Vodka parece que toca beber ahora. Miro la placa. Doy un tiento a la petaca antes de cerrarla, la guardo donde estaba y salgo de allí mosqueado por la dichosa placa. Me reúno otra vez más con ella que me espera en la barra. Ahora es ella la que me deja para ir a recargarse. Miro en derredor. No me creo ninguna de las risas y sonrisas que veo en todo el bar. Veo muerte en cada uno de sus rostros. Dentro de cien años el bar seguirá abierto y nuestro ataúdes estarán cerrados bajo tierra a no ser que para el aprovechamiento del espacio seamos todos víctimas tiasas de una fosa común. Les ha pasado a muchos, por qué no a nosotros. Ella vuelve. En la parte de atrás hay una especie de terraza, anuncia. Me coge de la mano y no por eso dejo de seguirla. Hay bastante personas allí. Farolas diseminadas por la calle arrojan su mortecina luz sobre nuestras cabezas embotadas. Saco el paquete de tabaco y fumo. Fumamos. En la esquina de la terraza esnifamos con disimulo de la punta de una de las llave de nuestra casa. En uno de los bolsillos de mi cazadora noto la redondez del rotulador. Esa placa me tiene loco. Una locura insana de las que no obtienes beneficio alguno. Fumamos. Hablamos de los buena que estaba la cena. Pensamos en cambiar de lugar. Éste no da más de sí. Para nuestras mentes e ideas que en ellas abundan nunca lo dio. Terminamos nuestros cigarrillos pero fumamos otro más. Con el segundo cigarrillo acabamos nuestras copas. Las dejamos allí al desamparo y espera de que llegue el camarero a buscarlas para llevárselas. Ese ya no es nuestro asunto. Han cumplido la funcionalidad para la que fueron creadas y eso basta. Todo menos nosotros tiene su clara funcionalidad. Me despido del bar yendo al baño esta vez para usarlo para dicha funcionalidad por la que fue concebido y leer por última vez la placa que por su corto mensaje sé de memoria.

“CHARLES BUKOWSKI PISSED HERE”

Saco el rotulador y escribo junto a la obviedad otra aun más reciente. Salgo de allí a la calle donde Elizabeth me espera con el abrigo puesto para taparse del frescor de la noche de enero. El frío no llega a serlo a pesar del invierno. Extraños lares a los que conduce el avión del destino y su clase turista.

Caminamos por un rato. Ninguno dice nada. Ella piensa en el próximo destino. Yo en la placa. En la estupidez. En el reclamo. Escritores locos en peregrinaje continuo en busca del talento de la vida. El viejo vivió en los angeles casi toda su vida, pensé, eso quiere decir que miccionaría en cada esquina de esta maldita ciudad. Por qué la placa. Seguro que cuando acudió a por su dosis de alcohol diaria al jodido bar le echaron a patadas por empezar alguna pelea o no querer pagar o robar las monedas de la propina del platillo de las vueltas. Ahora hacían negocio, o lo pretendían, la mayoría de los allí presentes tendría que buscar o preguntar quién fue ese que meó y por qué merece una placa puesto que ellos también han meado allí. Mi forma de desquitarme es escribiendo con rotulador al lado. Al día siguiente no estará. Las paredes están formadas por baldosines y con un poco de alcohol o productos multiusos que de nada sirven será borrado sin problemas quedando solitaria la señal que deshonra al viejo borracho, otra vez. Cogemos un taxi en cuanto lo vemos. Salimos de downtown y regresamos a nuestro barrio de echo park del que es mejor no salir sino fuera por la abundancia de gilipollas con tirantes y pantalón encogido en la lavadora. Cerca de casa hay un bar que algo debe tener pues repele a este tipo de gentes. Eso nos basta. Entramos. Un par de taburetes en la barra nos esperan impacientes. Nos sentamos. Esperamos. Llega la camarera que habla un escaso español así que seguimos con el idioma autóctono. Sentados nos relajamos. Miramos sin interés el reloj que nos susurra la hora que no retenemos. Tras varias copas voy a hacer otra visita al baño, primera para éste, y me quedo tranquilo al ver ninguna placa. Termino de mear. Toda la pared de un extraño verde está comida por pintadas de rotuladores de todos los colores. Busco un hueco y escribo al igual que hiciera horas antes junto a la placa

“JUAN CERECEDA PISSED HERE”

Me siento donde estuviera sentado. Pido otra, la beso y sonrío. Sin que ella sepa el porqué pues imposible es todavía que lea mis pensamientos le digo, qué coño.

Capítulo 4

copycat

Las horas encarando la pantalla del ordenador se hacían cada vez más largas, más tediosas. Mi mente tornaba hacia algún tipo de extraña depresión de escritor novel. Las palabras que por lo general salían de mis dedos hacia el teclado quedando plasmadas en la pantalla no eran tan veloces como de costumbre. No hacía más que mirar de un lado para otro. Distraerme con el vuelo de una mosca por culera, el abstracto baile de una mota de polvo suspendida en el aire, el corretear de mis gatos atravesando el piso. Cada vez que mis manos empezaban a moverse junto con la imaginación y mi cerebro el contenido que éstos revelaban me parecía no tan aburrido como repetitivo. Todo es una copia, la raza humana no hace más que repetirse hasta la saciedad sin darse cuenta, o peor aún, no queriendo darse cuenta. Pero yo lo intentaba. Sacaba frases que por un momento parecían originales, memorables. Evitaba caer en el tremendo error de esos autores, sea el campo que fuere, que no hacen otra cosa que estar todo el día dándole vueltas en sus cabezas a grandes citas para que en el futuro se les considerara genios e intelectuales. Me agotaba tener que ser así en cualquier momento de la cada vez mi más corta existencia. Esos presuntuosos rimbombantes de Pero Grullo vendedores de libros de autoayuda.

Una a una mis neuronas pasaban por mis ojos para mostrarme algo sobre lo que escribir y que definitivamente escribía. Algún poema aislado, una idea para una microobra de teatro, un guión, un relato o novela. Todo me lo permitía. Sorbía a cada rato el mejunje de la taza que había sido café caliente y ahora no era más que un líquido negro bastante frío. Me levanté de la silla en la que estaba sentado y me serví otra taza de café ardiente que al caer en el café helado se convertía en algo de temperatura aceptable. Las palabras caían bien en cada lugar donde las dejaba. Los párrafos encajaban entre ellos como una buena maquinaria. Algunas faltas de ortografía o palabras desconocidas para el ordenador eran resaltadas con una pequeña línea roja que las subrayaba. Tras corregir el texto algo que se me hacía siempre eterno, aburrido, y a cada momento más odioso, lo leía esta vez en profundidad para ver si verdaderamente conseguía poner una parte de mí, al menos esa parte de mí que quería la gente viese. Era imposible. La manera de escribir ya la había visto antes. Las ideas expresadas estaban desfasadas cientos de años. Cien al menos. Mi vocabulario era singular, situado entre lo mundano, lo coloquial, con un punto de culto, simple en definitiva para cualquier persona que hubiese visto algo más que programas del corazón.

Fui para el baño, me lavé los dientes, me enjuagué la cara con agua fría y froté con fuerza, los restos de la noche anterior desaparecieron por el desagüe sin hacer mucho alborozo. Entré en el dormitorio, era imposible

no ver ante mí el escenario de un campo de batalla debido al desorden. Me senté como pude en el borde de la cama que le correspondía a ella, me quité el pijama que aún llevaba puesto y me vestí de calle. Vaqueros y camiseta. Di el último sorbo a la taza de café y salí al sol de la calle que cegaba mis ojos, hacía hervir mi cabeza y con ella mis ideas. Como el calor fuera soportable decidí caminar hasta el lugar donde trabajaba de forma irregular y esporádica para estirar un poco las piernas y disfrutar de la suciedad de la acera. A mi mente venían esos recuerdos de infancia en los que estando enclaustrado en la (j)aula del colegio me preguntaba qué estaría pasando en el muro exterior, tras esas altas murallas que nos velaban cualquier hecho popular. Disfruté con esa mentalidad latente de mi corto paseo hasta la oficina que era mi destino.

Mi trabajo en la oficina no era especialmente difícil, se puede decir que era tan fácil que hasta un tonto podría hacerlo y quizás por eso ahí estaba yo. Frente a un ordenador cogía expedientes de casos del juzgado escritos a mano y los pasaba al disco duro para así ahorrar espacio y tiempo. Espacio por no tener que andar jodiendo con una pila de archivadores llenos de papel inútil desperdigados por todos lados o recogidos en una sola gran habitación. Tiempo porque si alguien deseaba encontrar algún expediente o caso en concreto lo único que tendría que hacer sería escribir el nombre o número de expediente en el buscador para ver toda la información que había recopilada en lo referente a él. El sueldo era lo suficiente para acallar mi conciencia de vago y aprovechado. Así me obligaba a salir de casa de vez en cuando para que me diera la luz del sol y el aire viciado de la ciudad de los angeles. A los dos días de empezar el trabajo se me hizo eterno. La jornada laboral eran de tres horas diarias pero mi cometido era tan simple, tan fácil, que parecía un trabajo de más de cuarenta horas semanales. Esas tres horas diarias fueron suficiente para que en más de una ocasión perdiera la cordura, la poca cordura que cada día me iba quedando. Mi intelecto, mi talento, mi genio, habilidades, cualquier término relacionado a mi capacidad era altamente elevado para un cometido tan insultante. Tendría que estar escribiendo como el jodido Dostoievski. Tenía la ventaja de trabajar solo. Así de sencillo era mi labor que no necesitaba de supervisión alguna. La persona al cargo de mi supervisión era tan inútil en lo referente al manejo de las nuevas tecnologías que ni sabía cómo encender un ordenador por lo que me dejaba tranquilo sin llegar a parecer.

Mi mente dividida en dos llevaba a cabo, por un lado, la informatización de los ya mencionados expedientes, y por otro, la búsqueda del santo grial, el cáliz de cristo, algo nuevo sobre lo que escribir y no estuviese pensado ya. Así pasaron las tres horas. Apunté en la tabla que había colgada junto al ordenador la hora a la que había llegado y a la que iba a salir. Hice el camino de vuelta usando el mismo recorrido que usara tres horas antes. Esta vez los pasos eran más lentos. El paseo me reveló como

un penitente cumpliendo su martirio.

Crucé la puerta y junto con los gatos que maullaban en demanda de atención vi al fondo del cuarto de estar la estantería llena de libros y botellas. Abrí los primeros y las segundas. Aunque las segundas fueron las primeras. Dejé la bebida en uno de los estantes y ojeé algunas páginas al azar. Las palabras saltaban a mis ojos queriéndome contar algo una vez más. Realmente entre ellos se repetían las mismas pautas a pesar de haber una diferencia temporal de varios siglos en algunos casos, una sola década de separación era suficiente. Esos escritos que tan grandes eran o en su mayoría habían sido pues el polvo y los huesos poco tienen que contar, a excepción de a los arqueólogos y forenses, la mayoría, casi en su totalidad, habían muerto. Cómo era posible, me preguntaba, que yo con mi limitada capacidad intelectual y cultural sea capaz mostrar a través de cualquier medio ideas tan brillantes, con la misma sencillez y sintonía, o extensión y grandilocuencia como ellos hicieron. Mi entendimiento expresaba ideas, buenas ideas, en varias páginas mientras que ellos recogían a través de su experiencia todo mi pensamiento en una sola frase. Era tan hermoso, tan frustrante y tan injusto.

Me senté de nuevo, una vez más, para alcanzar esa presa que no caía en la trampa que tendía como cebo con las letras, no tanto la forma como el contenido. Ponía copas de tal manera que perdí la cuenta casi en seguida, qué importaba el número. Sólo los estúpidos se molestan en contar algo sin importancia. Las palabras fluían de nuevo. Era mi mente en su maravilloso estado etílico lo que daba velocidad a mis pensamientos, entre ellos algo de originalidad. Corrían, volaban sin poder atraparlos y cuando me quería dar cuenta ya habían tomado su forma deseada en la pantalla. Juraría que sudaba aunque no podría asegurarlo. Otra cosa sin importancia. A la mierda todo. Las palabras estaban a mi disposición esta tarde y quería hacerlas mis esclavas como yo lo era de ellas. Sentimiento de estado recíproco. Siguen corriendo, siguen volando. Qué más da todo en derredor. Una página, otra, y otra más. El tiempo se escapa, podría preguntarme, no, no se escapa, nunca existió. Las manecillas del reloj callaban para mí y mis manos junto con ese tictac eterno alimentado con una pila de botón. El cuarto de estar se tornaba frío a medida que caía la noche y no me daba cuenta. No me hubiese dado cuenta de no ser por los nudillos que me dolían horrores. Al cabo de varias páginas violadas de frases y sus párrafos paré para leer qué había dado de mí. Nada. Todo era la misma mierda. La misma repetición que había en los libros ya escritos. Una total inutilidad. Axioma de mi genialidad mediocre. Para qué seguir con esto. Apuré la copa. Me puse otra. Me senté en el sofá y me fumé la poca maría que quedaba guardada en un pequeño bote naranja de plástico.

Perdido en pensamientos que se tornaban nubes me descubrió Elizabeth al llegar a casa. Como era costumbre se acercó, me dio un beso y me preguntó qué tal se había dado el día ya muerto pues era de noche

cuando regresó a mi lado. Solté un bien seco que podría haberse confundido con su soplo de queja y auxilio. Le devolví la pregunta y obtuve de ella la respuesta. Me conoce demasiado bien, por eso en seguida pregunta qué pasa. Se lo explico en pocas palabras, para esto sí tenía la suficiente capacidad de síntesis. No puedo evitar copiar ideas y estilos de otros escritores por los que siento gran aprecio e imagino de forma divina coronando colinas de ideas frescas, me confieso ante ella. Sin volverse me lanzó un beso. Empezó a calentar una rebanada de pan pues decía tenía antojo de pan, lo había tenido todo el día. Giró sobre sus talones y se puso frente a mí, me miró pensando cualquier cosa y salió de la habitación. Volvió con un libro que nunca antes había visto, quizás lo había hecho pero le presté no demasiada atención. Estuvo un rato buscando entre sus páginas a la par que daba vueltas a la rebanada sobre la sartén. El silencio se rompía únicamente por los sorbos que daba a mi vaso y el fuego que salía de los fogones de la cocina y su ardiente silbido. De sus labios saltó un, ah, aquí está. Volvió a enfrentarse a mí y con el libro en las manos me señaló una frase que había dicho en su día Pablo Picasso. La leo una, dos, tres veces. Aunque quedó clara la idea, simple idea, gran idea, que expresaba en sus cortas palabras, la frase exacta no la recuerdo, siendo toda ella algo como, Los grandes artistas imitan, los genios copian. Empecé a reírme. Picasso tomaba en mi mente un cariz totalmente distinto al que me había formado de él. Abracé a Elizabeth en cuya mirada veía un triunfo titánico. Me puse otra copa y ella preguntó qué número era, cuántas llevaba. Desde la sala de estar dije, que más da, soy un genio.

Capítulo 5

libros a dólar

Estaba colgado en todos los posters del barrio aunque es sólo uno el que nos interesa. Cuál. Pues el que vio él caminando por la calle haciendo cualquier tipo de recado. Algún recado nimio, tal como llevar una carta sin sello a algún local de la zona de parte de quién más da. Un folio manchado de tinta del que se adivina era una fotocopia contaba lo siguiente:

Venta de libros en la biblioteca municipal tras donación anónima.

Lo primero que le vino a la cabeza fue cómo era posible que quisieran vender los libros de una donación, ya fuera anónima o con nombre y apellidos. Este pensamiento se debía a que con frecuencia por la falta de capital recurría a las estanterías de la biblioteca en busca de lectura evasora de la realidad y camuflaje entre sus páginas. Ocurría que las aportaciones se daban tan rara vez y de forma tan escasa que estas estanterías se hallaban por lo general vacías, escasas si así se prefiere, de buen material. Algunas letras que aportaran a la personalidad e intelecto algo que mereciera la pena y no esa mierda de la que hacen películas a troche y moche. Vampiros, mayordomos, o reporteras inglesas pasadas de peso era la muestra de una sociedad que dejaba claro no querer volver a ponerse en pie de forma física o psíquica. No faltaban sin embargo los libros llamados de autoayuda. Cada vez que pasaba de largo la sección de éstos se imaginaba a un señor sentado tras el escritorio de una oficina minúscula implorando por la paga extra y así realizar el ansiado sueño de volar lejos por una semana con todos los gastos pagados y marcado con una pulserita de colores repitiéndose a sí mismo una y otra vez, Imagina el sol sobre la playa de arena cálida. Reía siempre ante tal visión.

La venta de libros se llevaría a cabo el miércoles 22 de enero. Hora, de dos a cinco de la tarde. Lugar, en la misma biblioteca. Precio, entre cincuenta céntimos y dos dólares por ejemplar. Nunca sabes lo que puedes encontrar entre la basura, pensó.

Llegó el día señalado. Lo había señalado efectivamente en el calendario para no olvidarlo. Sus ingresos eran mínimos y la compra de libros, a pesar de ser su único vicio conocido, escapaba a su control. De ahí que acudiera con regularidad a la desértica biblioteca. Desértica de libro hemos dicho pues lo vagabundos ocupaban sus sillas durante el día hasta que caía la noche, la policía venía a echarlos por no querer dejar tan cálidas localidades. Comió algo ligero, por alguna razón no quería ganar peso. La razón probablemente sería el deseo animal del sexo. El no era un

intelectual de modo que follar era una de sus prioridades cada cierto tiempo. No podía alimentar sus esperanzas únicamente con letras. Necesitaba el calor de una mujer junto a él. Aunque fuera esa noche en la que se llamaba ante el espejo del baño triunfador. Tinta, sudor y sangre, ése hubiese sido el título de una novela que lo hubiese tenido como protagonista. El caso es que comió. Metió los platos en el fregadero, entró en su dormitorio, abrió el cajón de los calzoncillos y calcetines y sacó de él algunos verdes. Verdes que guardó en su cartera raída. El día era soleado a pesar de ser enero. Joder, dijo al salir, cubriéndose los ojos con la palma de la mano hasta acostumbrar su vista al sol. Unos pasos más tarde adoptó paso tranquilo y metió ambas manos en los bolsillos de sus pantalones. La biblioteca no quedaba lejos. Por eso andaba. Eran las dos y cuarto de la tarde. Por eso no corría. En su camino se cruzó con dos gatos que entraban o salían, un perro sin correa que corría delante de su dueño, y otro con collar, correa y bozal atado en corto por su ama. Ésta iba vestida como para ir al gimnasio aunque no la veía emprendiendo una carrera para con el perro y tras él. Cuando la sobrepasó puso su barba sobre el hombro y miró hacia atrás. Otro culo flácido, qué lástima. Sería el suyo igual, era lo que se preguntaba cada vez que veía a una mujer con fea trasera.

Entró en la biblioteca y vio a los habituales vagabundos. Algunos se sorprendieron de verlo allí a esa hora. Otros no le hicieron ni puto caso. Y si se lo hicieron demostraron ser los mejores actores de toda la ciudad. Una cartulina amarilla estaba colocada en mitad de los pasillos. Ésta contenía una flecha pintada con rotulador negro y unas letras que formaban algo así, VENTA DE LIBROS. Allá fue. Cruzó una puerta. Sobre varias mesas yacían impertérritos los ejemplares puestos a la venta. El resultado que se suponía eran los descartes de las autoridades bibliotecarias tras catalogar la donación anónima. Como todos estuvieran desordenados empezó con una esquina para terminar en otra. Pero como la historia tiene que empezar en alguna parte la empezaremos donde él empezó a buscar libros de su propio interés. Miraba nombres de autores y títulos aunque no reconocía ni uno solo. Fotografías y dibujos ilustraban las tapas. Cuando un nombre le sonaba familiar, cuando un título se le antojaba particular leía la sinopsis de la contraportada. A la segunda línea se desinteresaba casi de forma inmediata pero por ser un lector paciente leía toda la descripción ya fuera de obra o autor. Su primera impresión solía ser la correcta. Morralla. Morralla y nada más. Lo único que darían de útil esos libros hubiese sido el calor que desprenderían al quemarlos, noches cálidas para vagabundos gélidos.

Llevaba cubierta la tercera parte de los libros a la venta y todavía no había escogido nada nuevo ni bueno entre tanto cadáver de tronco asesinado cuando la sequedad del papel pasó de sus dedos a la garganta y sintió el irrefrenable deseo del líquido elemento. En un vaso de papel, nunca mejor para el caso que nos atañe, vertió el agua que el gazzate necesitaba y siguió su búsqueda bibliográfica. Encontró un libro de curioso

título, Rave, este título le traía a la memoria todas las noches descubiertas por el día vividas en la etapa universitaria nadando entre alcohol y drogas. Para poder coger el libro y leer la contraportada y con ella la sinopsis dejó el vaso de papel con agua en su interior en una de las repisas. Leyó la sinopsis. Leyó la biobibliografía del autor, leyó la primera página y lo soltó donde lo encontró. Demasiado presuntuoso y muy gilipollas, pensó al catar unas pocas palabras de éste. Cogió el vaso y notando al tacto y al peso que algo de agua quedaban en él lo bebió para terminar su acarreamiento. Sabía raro. Tan raro que no se dio cuenta de que en el recipiente de papel no iba sólo el agua que quería y necesitaba sino también todas las palabras e historias de cada uno de los libros que allí descansaban. Tal vez fuera la confusión de los libros al notar que el vaso era de papel, tal vez la sequedad de sus páginas que buscaban saciar la sed pues el polvo en ellos causó que todas las letras, con sus tintas e historias se derramaran silenciosas dentro de aquel vaso del que él bebió. Claro que salvo algún sorbo amargo dado no se dio cuenta. No hasta que cogió el siguiente libro y a pesar de no haberlo visto nunca, nunca supo de él, de su existencia, sabía todo lo que pasaba, ocurría, finalizaba. Principio. Nudo. Desenlace. Estructura básica de una historia según ciertos convencionalismos dictatoriales. Librara dios a cualquiera que de ellos quisiera romper el marco. Le parecía extraño. Cogió otro. Lo mismo. Al rato otro. Cogió uno de cocina y sin ser muy bueno en gastronomía básica se demostró a él mismo ser conocedor de todas y cada uno de las recetas en él plasmadas. Cabe mencionar que éste fue uno de los libros elegidos. Por qué. No se sabe y por ahora, quizás nunca, se sabrá. Sin mirar título ni autor cogió un libro de la pila condenada al polvo de las estanterías y averiguó que su final era el que fuese. Otro. Y otro. Qué estaba pasando. No lo sabía. Pagó el libro de cocina. Medio dólar. Salió corriendo.

Llegó a su pequeño apartamento. Abrió el grifo de la ducha para refrescarse del mal encasillado calor de enero. Se quitaba la ropa cuando notó en su lengua el sabor amargo de mil páginas polvorientas. Era el mismo sabor que cuando se mojaba el dedo para pasar las páginas de cualquier libro o revista. Le pareció extraño. Nada más. La ducha soltaba un leve silbido que hacia irritante cualquier pensamiento. El chorro mojó su cara, el chorro mojó su espalda. Cayó el agua en el suelo de la bañera, el agua era negra. Pero el agua no debía ser negra. No podía hacer nada. No quería. Miraba el suelo cubierto de ese color que se derramaba. Se deshacía en aquella sustancia oscura. Era la tinta. La tinta de cientos de historias de malos libros. Tinta que se escapaba por el desagüe de su condenación eterna. De su olvido más tenebroso. Lo único que lamentaba era que entre aquella tinta no hubiera una sola historia digna de ser leída.

Capítulo 6

i 'm the hero of my own shit

En cierto modo sentía arder mi espalda apoyada contra el cristal que formaba el gran ventanal del restaurante. Por suerte no llegaba a ser insoportable y como tenía la espalda retorcida y a cada rato me mataba del dolor la firmeza del cristal y el calor me aliviaban al menos un tanto. La sensación era bastante agradable y extraña, mientras me ardía la espalda el resto de mí estaba congelado por el aire acondicionado que funcionaba a máxima potencia, por decisión del encargado ya fuera por su bien personal y físico o únicamente por codicia usando el frío del aire acondicionado, instrumento útil en aquellos días de calor insano, como pegajoso papel atrapamoscas en la clientela que como yo lo único que deseaba era escapar de las calles fundidas y cuerpos sudorosos. En la televisión estaban poniendo algún tipo de documental sobre la antigua grecia. Me reía al ver las estatuas griegas, las reproducciones de los bustos de varios filósofos, dramaturgos, gobernantes, soldados,... todos tenemos nuestro momento de esplendor. A todos los países les llega la oportunidad de joder al resto sin compasión ya sea con la palabra o la espada. Aquí estaba yo, en Los Angeles, intentando encontrar algo que no era capaz de averiguar siquiera qué era, creyendo haberlo encontrado o al menos creyéndome cerca de ello, era un Colón de la era moderna. Perdido y con un próximo final trágico a pesar de no verlo todavía con claridad. Levanté la mano con el vaso vacío de cerveza en ella y se lo mostré al camarero de la barra que tardó unos segundos en verme y otros tantos minutos en ponerme otra. A ratos giraba la cabeza para poner la barba sobre mi hombro y vigilar que el coche mal aparcado siguiera donde lo había dejado y sin ninguna multa de aparcamiento en el parabrisas. Me había pasado bajo aquel calor casi media hora intentando descifrar el parquímetro que correspondía a mi plaza de aparcamiento pero la claridad solar y lo gastada que estaba la pantalla hacían mi intento de civismo gravemente inútil. No debía ser el día de pago al ayuntamiento ya que a mi lado hallé a un tipo con las mismas complicaciones que yo. Mi coche a diferencia del suyo era fácil que pasara desapercibido, no muy grande, color simple, un poco de suciedad por todos lados, dentro y fuera, no recién comprado pero tampoco extremadamente viejo. Sin embargo, el tipo de mi lado tenía un coche amarillo, todo reluciente, recién restaurado probablemente o llegado a través de algún agujero de gusano directo desde los años setenta, aquel coche con todo su resplandor de máquina bien cuidado, sus cromados, embellecedores, llantas,... era un placer para la vista incluso para aquellos a los que no les interesaban los coches. Era fácil imaginar al típico cabrón que trabaja poniendo multas a los usuarios que no echen la monedita en el aparato fijándose en aquel coche y desvelando así la falta de pago. La cantidad solía ser la misma en casi toda la ciudad, 71 dólares por cada papelito que te encontraras pinzado en el limpiaparabrisas. Aquel pequeño trozo de papel era capaz de hacer que

el alma se me cayera a los pies. Tenía al menos la esperanza de poder ver llegar al multador para no convertirme en el multado, y poder explicar el por qué de mi falta de pago. Tampoco me importaba mucho la multa, siempre podría recurrirla en tráfico haciendo que se perdiera en los engranajes de la maldita burocracia, en ese momento mostraba más interés en los griegos que salían por la televisión que a lo que sucedía a mis espaldas.

La curiosidad hacía preguntarme cómo habría conseguido el camarero empleo en aquel restaurante. Siempre estaba lleno, la mayoría de la carta estaba formada por hamburguesas de todo tipo, bocadillos, algunos platos basados en filetes de ternera y pollo, alguna ensalada y batidos y pancakes de todas las formas y colores, mi mesa por el contrario estaba llena de vasos de cerveza vacíos. Cómo aquel camarero no tenía la suficiente vista para cada vez que me trajera una nueva cerveza llevarse el vaso vacío. Yo no conseguía atrapar ni un triste puesto de friegaplatos y aquel vago estaba allí, forrándose en propinas mientras que mi persona iba dando sablazos como un antiguo corsario caribeño. El documental de los griegos había terminado y había dado comienzo otro algo más interesante. Un grupo de psicólogos, sociólogos,... y demás habían decidido poner a prueba a un grupo de personas escogidas montando un falso concurso de televisión en el que tienen que torturar con descargas eléctricas a un concursante cada vez que fallara la pregunta que la presentadora les lanzara. De los cien casi todos llegaron hasta el final a pesar de los gritos de angustia que lanzaba el electrocutado, éste formaba parte de la estafa. Por dinero se permitían torturar a una persona por televisión, pero cuáles serían las necesidades económicas del torturador para llegar a esos extremos, cuál su grado de obediencia ante una presentadora que les mandaba con voz firme y un bello rostro impassible ante los gritos desesperado del torturado. Era algo que no mostraban en ningún momento. Me sacó de mis cavilaciones unos golpes en el respaldo de cristal. Al darme la vuelta la vi. Sofocada por el calor aunque el sudor le daba a su aspecto algo sexy quedándome hipnotizado por las pequeñas perlas de sudor que se mantenían impassibles sobre su labio superior. Se sentó frente a mí, al otro lado de la mesa viéndome de perfil por la forma en la que yo estaba sentado. Pidió un tequila con lima y yo otra cerveza. Algo se tuvo que encender en el cerebro del camarero pues al traernos las bebidas se llevó todos los vasos vacíos en un único viaje. Ninguno de los dos decía nada. Miraba la televisión de forma distraída, intentaba disimular el escrutinio de mis ojos a su rostro. Tenía cara de pocos amigos, no decía nada, al menos con palabras. No dije nada, esperaba que ella diera el primer paso para saber si aquel rostro cabreado era por mi causa o lo traía ya de donde fuese. A los pocos minutos salí de dudas al escuchar de sus labios como si fueran balas de cabeza hueca un intenso CABRÓN. El silencio siguió un rato más antes de que le preguntara, qué. Que eres un hijo de puta. A qué viene eso ahora, pregunté. Se puede saber que cojones piensas escribiendo esas cosas sobre nuestros polvos, inquirió. Es sólo literatura, llámalo ficción si te quedas más tranquila,

además nunca he usado tu verdadero nombre. Qué cojones quiere decir eso, la gente que me conoce y te lee sabe que se trata de mí. Ya, pero los que no te conocen no pueden imaginárselo. Vete a la mierda, sentenció. Nos quedamos otro rato callados hasta que retomó el tema, además la mayoría de las cosas que cuentas te las has inventado. Por eso te digo que te lo tomes como ficción, aclaré. Sí, pero no es ficción cuando la gente... Espera, alguien te ha dicho algo, pregunté. No, no. Entonces. Pero noto que me miran como si fuera alguna clase de puta. Déjalos que te miren, es un país libre y tú estás muy buena, mira ese culo que tienes, mira tus ojos, tu cuello, tus piernas, si de mí dependiese te lo haría a cada momento, ahora mismo. Eso querrías tú, dijo con enfado antes de dar un trago al tequila que el incompetente había traído junto con otro vaso de cerveza. Iba a decir algo pero ella me interrumpió, en casi todo lo que cuentas tengo que ver una parte y además pones palabras en mi boca que nunca estuvieron ahí. Joder, llámalo licencia poética si no te gusta eso de ficción. Lo que me gustaría llamarlo es basura, mentira. Nunca he dicho lo contrario, yo únicamente escribo, lo puedo hacer cuando quiero y donde quiera. Me callé y miré sin concentrarme en lo que salía por televisión. Por muy alto que estuviera el aire acondicionado empezaba a sentir calor, calor por la discusión no esperada, a lo mejor no podía ni ser un triste friegaplatos, ni siquiera me dejarían tirar la basura al contenedor pero escribir era algo que sólo dependía de mí y me jodía cuando alguien, fuera quien fuese, pretendía censurarme construyendo muros y leyes personales sobre lo que podía o no podía hacer, pensar, escribir, decir. La miré y le dije en tono tranquilo, mira, ya te lo he explicado alguna que otra vez y si no te gusta te jodes porque es lo que hay, si no quieres que la gente te mire la respuesta es fácil, sal de aquí y no vuelvas a verme, así estarás fuera de mi vida y mi ficción. Su cara era un poema de los buenos, bebió lo que le quedaba en la copa y salió sin pagar. Calculé rápidamente lo que debía ser la cuenta, arrojé unos billetes sobre el mostrador sin dejar mucha propina, al menos así lo creía, y salí tras ella al calor de la calle de no arreciaba ni un instante. Se metió en una calle por la que la seguí. Yo la llamaba a gritos pero no me hacía el más mínimo caso. Se metió tras la verja de una casa abandonada en mitad de la calle, yo la seguía, apreté el paso y la alcancé. La agarré del brazo para pararla, cuando se cansó de forcejear la cogí del otro brazo y la inmovilicé contra la pared de la casa destartalada. Acerqué mi rostro al suyo y yo la besé, ella se dejó, notaba mezclada con la saliva el sabor del tequila y lo salado del sudor del labio superior. Solté uno de los brazos y me desabroché el pantalón, después hice lo mismo con el suyo. El ruido de un cortacésped estalló a mi espalda. Provenía de la casa de al lado aunque no podíamos verlo. Ella agarró mi mano y me guió a la puerta trasera de la casa. De un pequeño empujón la madera podrida cedió y minutos más tarde ella estaba recibíendome de piernas abiertas sobre el mostrador de la cocina previamente limpiado con un paquete de klinex que llevaba en el bolso. Y allí lo hicimos a la par que nuestros gritos eran ahogados por el escándalo

del cortacésped.

Cuando terminamos usamos algunos pañuelos más de papel para limpiarnos un poco y salimos a la luz de la tarde. Volvimos al restaurante y bebimos algo para hidratarnos del calor del verano. Ella me miró por encima de su copa para decirme, espero que no escribas nada sobre... yo levanté mi cerveza a modo de brindis, la miré a los ojos que me volvían loco y sonreí antes de beberme la cerveza de un trago.

Capítulo 7

impuesto

Se rompe la obscuridad del dormitorio por la pantalla encendida de un móvil que vibra sobre la mesilla de noche. Es el lado del hombre que duerme pero no encuentra descanso, a la otra orilla de la cama la mujer se desvela por la luz blanca que apunta al techo y cuyo rebote cae en picado hiriendo sus ojos, Es tu teléfono, dice en un susurro, para cuando termina la frase él tiene los ojos medio abiertos y fijas las pupilas. Ladeando la cabeza y ayudándose de una mano lee el mensaje que le acaba de llegar, 1722 MORTON AVENUE, LOS ANGELES. Deja el móvil en la mesilla de donde lo cogió pero esta vez lo pone bocabajo para impedir que un nuevo estallido luminiscente desvele por quien siempre vela. Extraños son los pasos que da para ir al baño, la espalda encorvada por el peso de la vida y la muerte que lleva sobre sus hombros desde hace tanto tiempo. Cierra la puerta del baño y una vez así activa el interruptor para dar luz a un espacio que conoce de memoria. Se olvida del mensaje para que en su cabeza, de forma esporádica, aparezca un número que cifra los años, años aún para liquidar la hipoteca del pequeño apartamento que confundieron con un palacio. Se sienta en el váter y allí suelta sin esfuerzo la cena frugal. La cisterna se asemeja a una bomba atómica en el silencio de la madrugada que las cuatro paredes no retienen al resto del hogar. Se lava las manos bajo el grifo, agua fría que sustituye la sangre, agarra uno de los tres cepillos de dientes que sobre el lavabo descansan y mirando el espejo se percata de los restos de pasta de dientes secos y resecos. Escupe, con sus manos transformadas en cuenco se lleva agua a la cara y se despeja del sueño. Sus ojos achinados no terminan de acostumbrarse a la luz blanca del tubo fluorescente. El reflejo le aconseja un afeitado pero poco le importa llevar una barba de cuatro días para lo que tiene que hacer. Apaga la luz y entra en la penumbra del dormitorio, Dónde vas, pregunta ella, Tengo trabajo, responde él. Ella se da la vuelta y continúa soñando algo que en la mañana no recordará. Se viste, pantalón, camisa y deportivas viejas. Mete en sus bolsillos llaves, el paquete de tabaco, mechero y el móvil sobre la mesilla. Besa a su mujer en la nuca y se va, varias puertas en el corredor, una da al rellano, del rellano a la calle, pero no es esa a la que se dirige, antes debe cruzar otra, la de la esperanza, la razón de su actual ser. Desde el marco de la única puerta que está abierta se apoya y ve a su hija dormida, la manta hecha un gurrúño a sus pies, sus pequeños pies. Entra con sigilo, cubre el cuerpo con precaución de no despertarla y la besa con la delicadeza del cariño sobre la frente como tantas veces suele hacer. Lo que hace, lo hace por ella, nunca se le ha olvidado y sabe que nunca se le olvidará. Ahora sí atraviesa con paso calmo la puerta de salida. Al salir del portal saca un cigarrillo del paquete del bolsillo, lo enciende, llena sus pulmones y mira al cielo oscuro para

notar que en algún horizonte, clarea.

Se despierta su mente de entre nubes narcóticas. Ha soñado algo pero no consigue recordar. Siente incomodidad pero nada de dolor. No puede mover su cuerpo pero tampoco lo intenta. Su objetivo es hacerles ver que está presente, vivo. Sus ojos sólo captan tubos que salen o entran en su carne. A los pies de la cama el cirujano lo observa, se acerca a uno de los costados, lo observa, lo examina, comprueba varias bolsas que cuelgan de los costados. Cómo se encuentra, pregunta el médico, él asiente o cree que está asintiendo, Aún está ido por los efectos de la anestesia. No lo sabe pero su mujer está en la habitación, su rostro nada delata, su corazón cabalga por el miedo que ha pasado pero su rostro nada delata. No quiere preocuparlo más. Creyendo que las drogas le tienen embotado el entendimiento habla a la esposa, Los resultados de la biopsia estarán para mañana, en cuanto los tenga vendré a verles. La mujer asiente, Gracias, doctor. El hombre del pijama verde se marcha, la mujer se queda a los pies de la cama, se inclina sobre ella y besa los pies de su marido que yace sin poder decir nada. Tiene los pies helados.

El depósito del coche está lleno, lo suficiente al menos para poder recorrer la distancia necesaria desde su casa a la dirección del mensaje. Tras haberlo leído una vez ha quedado grabada en su cerebro. Para en la primera gasolinera que ve, aparca el vehículo junto al surtidor número tres y apaga el motor y el cigarrillo que lleva encendido en los labios, es el tercero desde que salió de casa. Es un fumador compulsivo pero intenta no exponer a su hija al humo del tabaco. Él sabe que no morirá por fumar. Lo sabe. Entra, se dirige al mostrador y pide que le carguen diez pavos al número tres, poco más de un par de galones. Se palpa el bolsillo del pantalón, saca la cajetilla y cuenta únicamente cinco cigarrillos, pide al dependiente los cigarrillos que se corresponden con su marca y que junto a la gasolina paga, dieciséis con cuarenta y cinco antes de impuestos. Del maletero saca un pequeño bidón de quince litros. Selecciona gasolina de noventa y cinco octanos y deja correr el petróleo que llena el recipiente. El marcador ha llegado a diez, devuelve la manguera a su sitio y poniendo la tapa deja el bidón de vuelta en el maletero. Coge el limpiaparabrisas metido en un cubo de agua gris y le da un repaso al propio. Seca las manos con una servilleta de papel que lanza al cubo sin asegurarse de que caiga dentro. Tras el volante enciende el motor y tras el volante enciende un cigarrillo. Al salir de la gasolinera mira el cielo que no es madrugada sino mañana. En algunas calles se adivina el tráfico de quien va a sus puestos de trabajo. Son gentes que se le asemejan, visto, piensa él, desde cierto punto de vista.

A los pies de la cama su mujer llora sin poder contener las lágrimas. El médico a su lado explica que el cáncer ha hecho metástasis y algunas cosas más que no comprende. Lo único claro que sale de la boca del profesional es una medida de tiempo demasiado corta para que sea una tortura pero bastante larga para que sienta el sufrimiento y el miedo a lo desconocido. Le prometen comodidad hasta que llegue el momento de su marcha pero llegados a este punto sus oídos no escuchan sino el llanto de la mujer que llora por tristeza y un miedo racional a la soledad que se le avecina. Mira en derredor y sin que nadie lo note sonrío. Una sonrisa debida a la cantidad de tubos que hay para alagar una vida que ya de nada sirve, son las sogas para el condenado. En un par de días los tubos se han multiplicado por la noche como si fuera una mala hierba. Él también siente miedo pero no lo dice. No. Lo único que puede hacer es acariciar la melena de la mujer que llora apoyada su cabeza sobre un pecho moribundo.

Un gran cartel por las noches luminoso muestra, 99 CENTAVOS. Entra como si todo eso fuera suyo. La tienda está vacía a esas horas de la mañana. La dependienta esta tan gorda que apenas cabe tras el mostrador. Sin preguntar nada ni saludar los buenos días se lanza al fondo del local custodiado por estanterías de cosas inservibles, todas a un dólar. Impuestos no incluidos. Agarra un cubo de plástico con asa de varilla de metal y lo paga en efectivo a esa dependienta que por las legañas que anidan en sus ojos es demasiado horrenda para haber sido bella.

Desde la cama contempla un dibujo con tres monigotes, una casa con chimenea, un coche y un perro. De todo lo representado lo único real es la familia, un matrimonio y su hija. En la esquina del folio un sol amarillo, bajo la frase, PONTE BUENO, PAPA, con una caligrafía torpe y la falta de una tilde en la palabra PAPA. Se le encoge el corazón por el dibujo, porque él muestra la realidad que no consiguió y no conseguirá dar a su hija. Ella que siempre implora por ese perro que no llega, celosa tal vez de que todas sus amigas tengan mascotas. Demasiado pequeño el apartamento para encerrar a un animal le explica sin buen resultado a la pequeña que no entiende de metros cuadrados. La esposa aparta el dibujo de su cara, Me pregunta continuamente cuándo podrá venir a verte. No quiere que el último recuerdo que tenga su hija de él sea el de un condenado a muerte postrado en una cama llena de tubos y bolsas con orina y heces. No es el único sentenciado en la planta y con frecuencia se oyen los alaridos de los que son menos fuertes que él y a los que las drogas no palian el dolor ni mantienen firme la cabeza y su entendimiento. Una mueca de labios

torcidos basta para que la madre, pronto viuda, desista en su proposición. Los dos callan. Nada tienen que decirse que no esté dicho ya. Con fuerza se cogen las manos. Alguno debe mostrarse fuerte aunque ninguno lo es. En silencio llora él. Con estrépito caen lágrimas de los ojos de ella.

Ya se ve el sol en el cielo despejado de la ciudad. La calle forma parte de un barrio decente, a ambos lados se ven bungalós reformados construidos originariamente en los años veinte. Los números de las casas poco visibles hacen que sea difícil dar con el correcto. Finalmente lo encuentra, escondido tras un árbol de guabas, 1722. Allí está clavado, con caligrafía clásica sobre un pequeño porche que cubre la entrada única al bungaló. Adivina que es temprano todavía. En la calle hay poca actividad. Con cuidado silencioso escala hasta colocarse sobre el tejado del porche, oculto sólo a medias por el árbol de guabas. Tira el cigarrillo que lleva entre los labios. Saca de sus bolsillos la cajetilla y el encendedor. Desenrosca la tapa del bidón y vuelca el líquido inflamable en el cubo con asa de varilla de metal. Vuelve a poner la tapa y deja el bidón a su espalda. A un lado deja el cubo ahora lleno y se sienta junto a él. Saca un cigarro del paquete recién estrenado, lo pone en sus labios y lo enciende con una llama invisible por la luz de la mañana y los rayos de su sol. Y espera. Espera.

La cara del doctor es el retrato mismo de la perplejidad. Sostiene entre su brazo y el costado derecho una carpeta que se adivina es el expediente médico del paciente que hasta hace pocos días esperaba en su lecho de muerte el golpe de gracia. Gran cantidad de tubos han desaparecido de su vista, quedan ahora como un mal recuerdo. Durarán días e incluso semanas las marcas de las vías que rompían carne y piel. No necesita más las bolsas, las energías volvieron para que pudiera hacer sus necesidades con la mayor de las dignidades. La mujer ocupa su sitio habitual a los pies de la cama, está sentada, anonadada ante palabras torpes y tristes explicaciones que el doctor alega han llevado a la salvación de aquel que estaba condenado. Falso positivo, la expresión se repite hasta la saciedad con un evidente recelo por parte de quien las pronuncia. El silencio es tensión, la atmósfera es un líquido denso semejante al útero materno. Podría escuchar el roce de la lengua rasposa en la boca seca del oncólogo que con sumo cuidado pronuncia palabras nerviosas a pesar de haber practicado su pequeña ponencia en su despacho. Podría escuchar caer las gotas de sudor que ve en su frente, el frotar de manos sin cesar, la respiración descompasada, el corazón que no cabe en la caja torácica. Podría escuchar todo eso y mucho más. Pero no lo hace. A su vera hay una tercera persona, alguien que no conoce, nadie la ha conocido jamás, únicamente sus ojos la ven, las otras dos personas, esposa y médico no se percatan de su presencia, está seguro de que se trata de una

alucinación de toda la droga que todavía corre por su organismo. Es radicalmente hermosa, elegante. Un pelo largo que según dé la luz sobre éste se torna moreno o pelirrojo, un cuerpo por el que se hubiesen matado los hombres más racionales por el deseo de acostarse entre sus brazos de piel lechosa. Desearía que se tratara de su imaginación, pero no lo es. Quizás las palabras que esa mujer dice son verdad. Las pronuncia con voz suave, las cuerdas de su garganta tocan una sinfonía a cada palabra. Ella dice ser la responsable, la única culpable de que se haya salvado, Vivirás una vida plena porque así lo quiero yo, no hay amenaza en la frase, es un hecho. Una condición, un pago a ese acto que nada tiene de altruista, Tendrás que matar por mí cada vez que así te lo diga. Ella sabe que él se negará a hacer tal barbarie, lo conoce desde el instante en el que llegó al mundo, conoce cada rincón de sus pensamientos y no duda en el que se mataría antes de hacerle daño a otro ser vivo, pasará otra vez por lo mismo antes de eso. Ella suelta la bomba como si fueran pétalos de flor recién arrancados, Esto que has vivido no volverá a ti, sé que sufrirías de nuevo el calvario por salvar a un desconocido, pero piensa en tu hija, tu hija no es tan fuerte como tú, y será tu hija la que lleve la soga que de ti depende será holgada y flácida o tersa por el peso de su pequeño cuerpo.

El doctor sigue hablando. Él no lo escucha. El gesto afirmativo de su cabeza es imperceptible incluso para él mismo. La mujer sonríe, sonríe y desaparece. Alguien rompe a llorar en la habitación. Su esposa a los pies de la cama le besa las manos que ahora tiene agarradas mientras sorbe sus lágrimas de incrédula alegría con sus labios que transforman lo que fue lamento en risa. Él quiere morir. Él, en el fondo, está agradecido.

Pasan quince minutos desde que subió al tejado de la casa. Se ha entretenido contando algunas hojas del árbol que lo oculta, mirando los colibríes que se corretean en su frenético batir de alas en busca de flores desplegadas por la primavera. En su boca un cigarrillo recién encendido. Escucha unos pasos, se cierra una puerta únicamente después de abrirse, aparece en su campo de visión un hombre algo más joven que él, es una persona normal, tendrá sus problemas, disfrutará sus alegrías, incluso puede que tenga su propia lucha constante contra una rutina que no soporta, que lo hiere y de la que no sabe zafarse siendo a cada instante una presa fácil. Alquiler, facturas, sexo, amigos, familia,... tendrá todo eso, tendrá una vida. Poco importa ya. Con ambas manos coge el cubo lleno de gasolina y apuntando bien lo vierte sobre el condenado, Hostia puta... grita confuso, no mira hacia arriba porque le escuecen los ojos que sin resultado intenta limpiarse y secarse con manos empapadas de petróleo refinado. Dejado el cubo de lado coge el cigarrillo de entre sus labios y lo lanza certero hacia el hombre. Prende en un momento, salen de él gritos de un dolor intenso, alaridos de dolor por la piel que se derrite, la carne que se chamusca, movimientos torpes que de nada sirven

y desconcierto. Inútil es todo lo que hace. Nada. Su verdugo tampoco hace nada, excepto observarlo. Allí sentado, espera incluso una vez a caído el cuerpo al suelo mientras se calcina hasta los huesos que se suponen son blancos y terminan negros. De un salto baja del porche para aterrizar junto al cadáver en llamas. Mete en el maletero bidón y cubo, entra en el coche y piensa que al llegar a casa se dará una ducha para quitarse la peste a gasolina y carne quemada, es un olor que se le ha adherido a las narices. Mira la hora y se da cuenta de que está a tiempo de llevar a su hija a la escuela.

Capítulo 8

la siesta

Dejé que las tripas hicieran la digestión por mí. Tomada la decisión no tuve nunca más que preocuparme de las funciones que pudiesen llevar a cabo las partes correspondientes de un sistema digestivo que nunca vi pero todo el mundo, desde que tuviera uso de razón si es que alguna vez tuve verdaderamente de eso, estaba ahí. Lombrices largas como una tenia en pos de batir un record histórico mundial de longitud harían recorrer el alimento de piedras que había tomado para el almuerzo empujado a lo más hondo con un gran vaso de leche de burra. Los jugos gástricos estarían ahora lanzándose unos a otros bolas de ácido estomacal sin importarles en absoluto crear una úlcera allá donde el proyectil dado forma con manos informes fuera a impactar. Fuera como fuese todo el sistema bajo una piel que todo lo ocultaba a la vista sabría qué hacer antes de soltar los desechos unas horas más tarde. Me tumbé en el sofá forrado de sábanas viejas para evitar el deterioro por las zarpas de los vigilantes gatos llevando el antebrazo derecho a mi frente, la casa sin persianas pero con finas cortinas era una pagoda de luz que hería los ojos más insensibles a la violación lumínica del ambiente y de esta forma podía hacerme un antifaz que me permitiera dormir hasta que el retrete me llamara. Antes de cerrar los ojos de las ideas y la boca que gritaba incesante los problemas habidos y por haber entró ella en el salón-comedor y me preguntó acerca de la postura adquirida de futuro ocupante de aquel sarcófago forrado de telas feas y más lejos horteras las cuales ninguno recordó haber comprado jamás. Dormir. Acallar la conciencia que a esta hora se pone pesada sobre el cariz que está tomando esta vida insulsa de trabajos banales y que oxidan los engranajes para poner al tiempo una etiqueta donde luce un precio demasiado bajo como cantidad de la recompensa de palmar perceptiblemente. Esa fue mi respuesta. Se le cayó el brillo de dos ojos melosos sobre los labios y compartió con los míos el sabor dulce-amargo que habían dejado como rastro. Apareció. Desapareció. No volvió a aparecer. Volví a echar el brazo a modo de antifaz pararrayos e intenté alejarme de allí. Sobre la mesa un grupo de cronopios liaba canutos donde mezclaban heroína con hachís y una pizca de tabaco rubio. Saltaban a ratos sobre el tablero de esta mesita de café situada a mi lado. Saltaban del libro que les servía de hogar y refugio, de paredes amarillas eran sus casas, y allí entre sus habitaciones pequeñas yacían apaleados algunos famas. Aunque había más libros en derredor de éste, eran ellos los que aquel día llamaban la atención de cualquier ser viviente hasta sacarle de quicio con comicidad sin sentido. No los veía pero los sentía a gritos. Deshice mi antifaz, los párpados a la vera de las pupilas se llenaron de color naranja, el brazo en alto floreció en una mano gigantesca y fue a estrellarse contra la mesa, o mesita de café, aplastando a la mayoría de los cronopios que correteaban sobre la cubierta de sus páginas-casa. El ruido cesó y también mis recuerdos.

Quedé dormido con el brazo en su posición protectora y la mandíbula quedó abierta para una ventilación más adecuada de mi alma inventada.

Un bas muertos colgando de mi mano sin enguantar. de mi mala bestia, tendido, inconsciente, con la boca abierta y restos de cronopioú situado en una esquina del salón-comedor guardaba secretos que obviamente desconocía, qué tipo de secretos serían aquellos que en mi conocimiento anduviesen sueltos como cualquier tipo llamado Perico por una mansión de la toscana. El secreto que ahora sé aunque siempre olvido ocurrió así y así ocurre. Aprovechando mis defensas inexistente salió una pequeña criatura de dicho baúl. Levantando con brazos cortos pero fuertes la tapa del mencionado mueble miró en derredor y no vio otra cosa que el cuerpo de mi mala bestia, tendido, inconsciente, con la boca abierta y restos de cronopios muertos colgando de mi mano sin enguantar. Ella no estaba en la estancia y no entraría sabiéndome en el estado actual. Con un palo que nadie sabrá de dónde pudo sacar atrancó la tapa del baúl creando una abertura lo suficientemente amplia por la cual pudiera pasar sin problemas. Se deslizó desde la gran altura que para él suponía aquella abertura pues era de la familia de los duendes y volvió a percatarse de que nada ni nadie lo hubiesen oído. El pequeño tenía auténtico terror a los felinos que custodiaban los páramos de suelo entarimado, los animales por el contrario no mostraban el menor interés en la diminuta criatura. Los gatos, imitando a su amo y señor dormían, más profundamente de lo que cabe esperar en estos animales, transportándose a lugares muchos más lejanos de los conocidos por el hombre humano. Caminando sobre la punta de sus pies descalzos avanzó campo de tarima a través hasta quedar bajo el sarcófago de telas horteras donde mi cuerpo se perdía en la irracionalidades del sueño. Tardó un rato en escalar por la tela colgante pues se le habían adherido en su recorrido varias hormigas que formaran un río negro de bolas negras que sustituían a las gotas de agua. Un río peregrino cuyo curso cambiaba según las migas que encontrasen tiradas. Pero como ese día comiera piedras y leche de burra pocos restos quedaron para ellas. El hambre, la locura y la avaricia las hacía ser incautas ante mi posible despertar y la ira implicada. A esas obreras en su río de corrientes esféricas variables tuvo que enfrentarse el duende antes de llegar a las faldas del sofá. Cuando húbose librado de las últimas lapas negras que sin querer queriendo había aplastado no por eso sin tener gran cuidado en su trayecto directo con los mismos brazos y manos fuertes con los que abriera el baúl comenzó su ascenso ayudándose de las arrugas creadas por las sábanas horteras y feas que ni ella ni yo recordábamos haber comprado. Estuvo entonces a la altura de mi hombro, sintióse tentado de lanzar un grito en la cavidad de mi oído por escuchar su voz en profundo eco pero rió sin risa y por mi melena que parecía la de una mujer con barba siguió escalando. Mi sueño que no era tan profundo como el de los gatos pero no por eso poco profundo me mantuvo en el estado letárgico que la protección de mi antebrazo poderoso con palma de mano manchada de cadáveres literatos me proporcionaba. Caminó sin arrastrar los pies hasta la mitad de mi frente, giró sobre sí mismo a la pata coja

imitando el paso de baile de un danzarín algo afeminado y vio desde otra perspectiva a la usual las dimensiones del salón-comedor bañado de luz. Sin quererlo se le escapó una lágrima que de no ser por su gran nariz hubiese ido a estrellarse contra mi frente pero era este duende tan rápido en sus reflejos que detuvo la gota con un sonar de mocos. Con los ojos secos bajó hasta mi boca que para mejor ventilación de mi alma inventada, un cordón que llevaba a modo de cinturón y razón por la que no se le caían los pantalones hechos de retazos de polvo y pelo animal y humano fue desabrochado por sus pequeñas pero grandes y poderosas manos. Se puso el duende en cuclillas, aprovechó la apertura de mi boca para poner uno de cada pie en una parte de cada lado de la dentadura y allí soltó una plasta maloliente que olía a todo pero no sabía a nada. Estuvo un rato. Ni las bestias, ni yo, ni ningún libro presente se percató del acto. Terminó la criatura de hacer sus necesidades en la oquedad más grande mi rostro. Se subió los pantalones hechos a retazos y pelos humanos y animales, hizo un lazo con el cordón que le servía de cinturón y volvió por donde había llegado a su baúl que era en realidad mío, situado en la esquina cualquiera de las muchas que formaban parte del salón-comedor.

Me desperté y la luz en lugar de naranja era azul claro, poco cegadora y algo cansina pues se había ido el verdadero día. No me despedí pero aun así se marchó. Siempre con prisas y maleducado pero nunca se lo reproché y sin darle más vueltas al asunto me puse en pie. Salí de allí y entré en la cocina, la crucé y en el dormitorio, tirada en la cama sin sábanas blancas sino grises pues las primeras daban vueltas y piruetas en la lavadora con tambor y ruido de maracas estaba ella. Me incliné para devolverle el sabor que dejó en mis labios y me resultaba ya amargo pero no llegué a tocarla cuando me hizo notar lo mal que olía el aliento de mi estómago. Olor a mierda de alcantarillado, salían risas de mi estómago por las fiestas al llegar el final de la estación digestiva de piedras ingeridas y echadas a lo más profundo por leche de burra. Entré en el baño y frente al espejo, que mostraba el reflejo de un tío feamente atractivo sin que mis ojos o los poros de mi piel me reconocieran comencé la labor de un buen cepillado de mis marfiles. Reconocía el sabor, ahora sí, en contraste con la menta de la pasta blanca y triste que producía el tubo de plástico con flores dibujado la mala jugada del duende que habitaba en el baúl de la esquina. Recorrí mi perfil, mis manos con el cepillo de cerdas se movía de un lado a otro. Observé que tenía espeso el entrecejo. Tras escupir los restos, aclarar con agua y soltar el cepillo de cerdas cogí las pinzas que usualmente eran de ella y quité uno a uno los pelos de entre las cejas negras, con una cana tremendamente blanca en la de la derecha.

Capítulo 9

guerra química en el ok corral

Era miércoles aunque sentía que era martes. Anduve por la casa borrando los restos del día anterior, platos con restos de salsa resacos sobre ellos, adheridos como una lapa a una piedra en el mar del poniente, tres botellas que contuvieron el vino que me dejaba algo de resaca y la ropa exterior e interior que horas antes nos habíamos arrancado sin miramientos sobre su estado final ni paradero, dejándola a la merced de dos gatos que preferían dormir sobre telas desconocidas a una cama cuya colchón todavía pagábamos en sus eternos plazos. Cuando todo estuvo en su sitio, los cacharros en el lavavajillas y la ropa en el dormitorio por carecer de cesto de ropa sucia, me calcé las chanclas de goma que usaba ahora que apretaba el calor en lugar de las ardientes pantuflas y salí a la calle donde un sol sin juicio ni compasión me hería los ojos inyectados en sangre demasiado líquida. Bajé los tres escalones y vi cómo todo el patio delantero, único que tenía el pequeño bungalow donde vivía, se había cubierto rápidamente de hojas caídas del dichoso árbol de aguacates que para más inri no daba fruto pero sí mucho por culo amén de sombra. Arrastré los pies hasta la acera y miré dentro de los cubos de basura, uno negro y otro azul, para corroborar que efectivamente los funcionarios del departamento de sanidad pública habían hecho ya su trabajo pasando en sus camiones. Dos cubos. Azul. Negro. Azul, reciclaje. Negro, orgánico. Cargué primero con uno y luego con otro, haciéndolos rodar sobre sus ruedas melladas hasta la parte trasera donde pasarían el resto de la semana hasta que volvieran a pasar por las calles esas mofetas de uniforme monocromático. Los ojos se habían acostumbrado poco a poco a la claridad que escupía el sol y el reflejo que volvía del cemento, asfalto y demás de un blanco cegador. No se puede decir que la primavera sorprendiera a nadie pues el invierno de california, llamarlo así, era una mera formalidad de mentes de preescolar. La única prenda de vestir que llevaba sobre mí era un pantalón corto que antes fuera largo reconvertido según la moda del lugar gracias a la habilidad innata de unas tijeras de cocina. Sentía el calor de la mañana llegado el día a su meridiano en el torso desnudo, bajo toda la mata de pelo negro herencia genética paternal. Miré el cielo claro, sentí en mi cabeza la tranquilidad de la calle por el abandono de sus gentes, picando cada una de estas las piedras que serían sus trabajos, yo roedor nocturno disfrutaba de la siempre libre nocturnidad de los lugares sin importar coordenadas dadas. Miré un pequeño espacio baldío en el que pensaba poner un pequeño huerto como los que viera en mi niñez en los terrenos en las afueras de mi pueblo. Ante mis ojos pasó un insecto, aunque las dimensiones podrían haberse correspondido con las de un caza de combate F-18. Mi vista siguió al objeto volador identificado hasta verlo posarse en un pequeño avispero donde otras avispas trabajaban para extender su territorio. No me hubiese importado pasar de largo en esa filosofía del vive y deja vivir que en

muchas ocasiones me invadía, la paciencia jugaba un factor determinante en dicha filosofía. El lugar que las avispas habían elegido para instalarse era justo sobre la ventana del baño por lo general abierta, a la memoria acudió el recuerdo de tener que matar días atrás uno de estos alfileres alados por colarse en el baño mientras hacia de vientre, como fue un caso aislado y era recién comenzada la primavera no hice caso del acontecimiento y por eso lo deseché en el cajón de mi mente reservada para recuerdos sin importancia. Como las viera trabajar en el pasado, al otro lado del atlántico conocía su rapidez, la avispa muerta por mi grandiosa voluntad habría venido del mismo avispero que días antes había localizado siendo sin embargo de un tamaño bastante más reducido, quizás el de una canica, ahora era poco más grande que el puño de un bebé. Una de las colonas me adivinó las maquinaciones, se me posó en el párpado del ojo izquierdo, la precaución me mantenía congelado, esperaba que se fuera sin ningún tipo de accidente o víctima. Perdí la noción del tiempo que no importaba, allí clavado como un perno de tren la avispa no se movía, la veía desenfocada por un solo ojo, vino una brisa que la sacó de su ensimismamiento y contemplé horrorizado cómo su aguijón se disponía a llevar a cabo eso para lo que fue creado. Con un movimiento rápido de mi mano y sacudiendo de un lado a otro la cabeza me zafé de ella para verla volar lejos de allí. Le grité un sonoro ME CAGO EN TU PUTA MADRE, que retumbó sin que nadie de los que pudiesen estar en sus casas lo entendiera, y si bien lo hicieron no le prestaron atención. Iba a tener que lidiar muy a menudo con esta mierda, me preguntaba, ni de coña. Volví dentro, puse en marcha el lavavajillas olvidando meterle la pastilla de jabón y acordándome más tarde, entré en la habitación y de la ropa colocada sobre una silla busqué una camiseta no demasiado sucia ni olorosa, a lo primero ayudó el que fuera de color negro. Con la cartera en un bolsillo, las llaves en otro, salí de casa para meterme en el coche.

Puse rumbo a Home Depot.

A la entrada del aparcamiento decenas de mejicanos en su mayoría, sudamericanos el resto, esperaban y ofrecían sus servicios en el campo de la construcción. Evitando el contacto visual con algunos, respondiendo a otros con el idioma común les decía que no necesitaba ayuda. Aparqué cerca de la puerta de entrada, entre dos grandes camionetas llenas de barro y polvo. Entré en aquel hipermercado de manualidades varias y fui saludado inmediatamente por un guarda de seguridad demasiado gordo para andar siquiera; devolví el saludo ocultando la carcajada a aquel cabrón que llevaba en las entrañas y quería soltar, borrando de mi rostro toda la incredulidad de ver a un segurata de tales proporciones. Cogí un carrito que se iba demasiado a la izquierda y que tuve que andar controlando hasta la saciedad todo el tiempo en mi deambular por los pasillos aquellos. Aproveché y fui a la sección de jardinería para comprar un par de instrumentos una vez comenzara mi obra de independencia alimentaria. Eché al carrito unos cuantos artículos más para arreglar varios desperfectos del bungalow aprovechando que

estaban en saldo. Dejé el objetivo real de la visita para el final a pesar de que sus estantes se encontraban nada más entrar. Di la vuelta sobre mis talones y encaré la sección de insecticidas. Nunca les había prestado demasiada atención. Un muro de productos químicos y otros, los que menos, supuestamente naturales de menos impacto para con el medioambiente se apilaban frente a mí. Hubiese podido emprender la mayor de las guerras químicas contra cualquier bicho viviente fuera cual fuese la parte del planeta. Cogí un par de velas para ahuyentar a los mosquitos y que desprenden un olor peor que las picaduras mismas del insecto, una barra de tiza que decía mantener fuera del hogar a las hormigas y al satanás mismo, y un par de trampas para cucarachas y ratones. Me sentí tentado de coger un espray que parecía servir para ahuyentar coyotes y grandes roedores como ardillas y demás, en alguna ocasión vi coyotes en mi puerta al llegar del trabajo y aunque mansos en la mayoría de los casos prefería un poco de prevención antes que una larga curación, el motivo no era tanto el mantener alejado a los coyotes más que a las mofetas, en un par de ocasiones esas pequeñas rayadas de blanco se habían colado bajo el suelo del bungalow inundando la casa de ese pestazo colosal. No lo cogí, sin embargo. Prefería que los coyotes se las arreglaran con las mofetas y algún mapache perdido como habían hecho siempre, además había metido en el carro lleno ahora hasta la mitad materiales para sellar el hueco por donde las mofetas se colaban, porque si vivas apestan, muertas... son como mínimo vomitivas. Al final llegué a donde debía llegar. Estaban en oferta, cincuenta por ciento de descuento lo que dejaba su precio a un dólar el bote. Unos botes que lanzaban un chorro y exterminaban a las avispas como una bomba nuclear. Leí las instrucciones al reverso del recipiente. Había que colocarse a una distancia de dos metros del avispero, nunca debajo de él, empañar con dicho chorro el avispero, y sobretodo se aconsejaba librar dicha matanza al amanecer o al atardecer pues es a esas horas cuando las avispas se encuentran en su estado menos activo, esperado un tiempo prudencial que parecía ser veinticuatro horas, deshacerse del avispero con una vara, palo,... Así que debía atacarlas en un alto el fuego por su parte. Eché cuatro botes pues su precio rebajado a la mitad hacían de mí un estúpido consumidor. Pasé por caja, pagué avituallamiento y armamento. Un guardia en la puerta de salida me despidió con palabras secas y sin intención, era la antítesis más clara jamás encontrada con el compañero de la puerta de entrada pues era éste un negro muy oscuro con cuerpo atlético. Grande era la estrategia de colocar al gordo en la puerta de entrada y al atleta en la de salida por donde la mayoría de los futuros ladrones intentaban sacar el producto de sus robos.

Cargué las bolsas en el maletero, me despedí con una mano de algunos mejicanos que reconocí de veces anteriores y que por hablar español memorizaron mis rostro y volví a casa.

Sin prestar atención de la indicación sobre esperar a un momento determinado cogí un par de botes, uno en cada mano al modo del salvaje

oeste y fui hasta el avispero. Allí estaban revoloteando. Apunté uno de los botes bajo el sol de las dos de la tarde. Mi sombra se proyectaba en el suelo sin ser demasiado larga y la campana tubular de mis vecinos japoneses con letras grabadas en trozos de madera que significaban amor, dinero, fortuna, suerte, vida, salud tintineaba cansada colgada de la rama de un árbol, únicamente faltaba alguien que silbara con soltura para hacer más épica aquella escena. Lejos quedaba el ok corral cuando disparé el primer chorro salido del bote con precisión y potencia francotiradora, podría haberme colocado con tranquilidad a cinco metros de mi blanco que hubiese llegado sin complicaciones. Ahora goteaba ese nido de avispas condenado a la extinción. Tres o cuatro escaparon aturcidas del ataque sorpresa. Tres emprendieron su huida hacia las alturas, otra dobló la esquina y desapareció de mi vista. Como mi trabajo estuviera hecho doblé yo también la esquina rumbo a la puerta de la cocina para ver sobre ella a una de las cuatro supervivientes de la masacre de las rayadas amarillas. Allí pretendía dejarla. Esa era mi intención hasta que vi sobre mi cabeza otro núcleo de esas pequeñas bastardas. Algo más pequeño que el anterior. Me sorprendió no notarlo antes, la primavera traía el florecimiento de capullos gordos y demás ciclos de la naturaleza. La curiosidad me hizo bordear la casa en busca de más avisperos. Hallé tres en total sin contar con el original sobre la ventana del baño, todos del mismo tamaño, todos con obreras de la construcción manos a la obra para aquello que mejor sabían hacer. Uno a uno cayeron esas tres poblaciones ante el chorro poco divino de mi ser. Cuando entré en casa noté que los botes estaban casi vacíos. Coloqué el resto de las cosas en su sitio, tiré los botes al cubo del reciclaje y busqué sin prisas la escoba y el recogedor. Salí de nuevo a un campo de batalla reciente, con el extremo del cepillo golpeé suavemente los pequeños pueblos fantasma que se desprendieron con facilidad. Los barrí con la escoba y el recogedor, los tiré en el cubo de la basura y entré en casa.

Sentado en el sofá junto a una de las ventanas vi un par de colibríes comiendo del comedero que les había puesto colgado de una rama. Durante largo rato me quedé contemplándolos dándome vueltas la cabeza y el estómago, ambos resacosos.

Capítulo 10

Ojos Azules.

Desafiaban al tiempo sin importarles demasiado. Siempre caminando por la calle Real del pueblo. Agarrados de la mano en actitud relajada sin hacer caso a los que pasaban en derredor. Al comienzo de los paseos había habido ciertas burlas por ver a los dos especímenes arrejuntados. Él, podría haber hecho las veces de esqueleto en cualquier película de miedo, ella, un cuerpo de forma redonda, más baja que él, bastante más baja y con pelo de paja recogido siempre en una coleta. Aparte de los rasgos similares por no decir idénticos que los caracterizaban, acné en grandes cantidades por toda la piel mostrada en público, es posible que fuera peor bajo los pantalones y camisetas, grandes encías, pequeños dientes, el caminar de forma encorvada, ojos que no miran ni observan en rostros que se esconden tímidamente cuando se sienten observados por los demás transeúntes. Una cabeza que no da para más y que la sociedad marca como retrasados algunos, subnormales otros,...

Pero los años habían pasado y lo que parecía un experimento de maestre circense terminó siendo una relación mostrada con ese entrelazar de manos. Recordaba a ese chaval, ahora hombre raro pero con las mismas pintas que años ha, siendo adolescentes nos juntábamos para beber en el parque más cercano. Vestido con camisa y pantalón, intentando ir siempre elegante, y ciertamente lo conseguía a pesar de la percha con la que las malas genéticas de sus padres lo habían dotado. Quique, se llamaba, por apodo, el bailón. Sólo tenía que pedirle que te mostrara algún paso de baile para que se arrancar al "puro estilo" de Michael Jackson. Estaba siempre caliente, mientras apoyaba mi brazo en sus hombros lo acercaba hasta dejar su oreja cerca de mi boca y le decía, mira Quique, has visto a esa de ahí, no veas si está buena. Él miraba y se reía como un niño pequeño al que le enseñan una palabrota. Se ponía todo lo recto que su endeble esqueleto le permitiese y bailando de forma más que cómica se acercaba a la fémina en cuestión. Parecía que iba a recitarle algún verso del propio Machado pero se limitaba a bailar y sonreír. Algunas se reían con él, otras se reían de él y la mayoría lo miraban sin saber qué hacer. Era un espectáculo grotesco ante el que me quitaba el cráneo. Cuando quería darle más juego, tanto a mi entretenimiento como a su ego, planificaba algo con alguna de las chicas que había en mi pandilla. Le decía que les iba a mandar a el bailón y le que le siguieran la corriente. Se repetía el ritual: susurro al oído, bailoteo, sonrisilla. Entonces se lanzara al ataque. Se bloqueaba, siendo lo único capaz de salir de sus limitaciones aquel baile raro, ya. Ahora lo entretenido de la situación era ver la reacción del pretendiente al hallar respuesta en su cortejo. Ella se reía, ponía su mano sobre el pecho de él descarnado, preguntábale su nombre

y cosas así, hasta que a el cazador le resplandecía la cara y los alambres de la ortodoncia. Ese era el momento para sacarlo suavemente de su ensimismamiento y hacer que se olvidara de la hembra. Con mucha mano izquierda me lo llevaba, alabándolo de haber ligado con una tía que no estaba nada mal. Si el ego fuera masa... Quique hubiese reventado desde dentro. Un auténtico Don Juan y no el que escribió Zorrilla.

Marché del pueblo. Entré en la ciudad. El contacto con mucha gente a la que únicamente veía los fines de semana entre los vapores del alcohol y botellas vacías y secas por los ansiosos, y sobre todo el avance de las vidas de los seres humanos que me rodeaban, lo perdí o seguí a retazos en los cortos intervalos de mis visitas.

La gente me preguntaba si había visto a Quique con su nueva novia.

Cómo que nueva novia, es que tenía una antigua, preguntaba yo a mi vez. Si vas por la calle Real los verás seguro. Mi intención nunca fue ir en busca de la pareja de la que todos me hablaban, sino más bien que la calle Real por ser la calle principal de La Línea tenía que ser transitada por mis pies tarde o temprano, sí o sí. Y fue en una de estas idas y venidas cuando divisé a lo lejos a Quique con su novia. Iba en dirección a ninguna parte, y allí estaban, los dos, una nueva pareja que a pesar de la fealdad establecida percatábase estaban hechos el uno para el otro. Quique me vio, lanzó la palma de la mano al aire con toda la alegría discreta de la que fue capaz. Seguro le hubiese gustado levantar a su novia sobre sus hombros como si fuera un trofeo para gritarme, LO CONSEGUÍ, y que quizás no lo hizo por ser él un tirillas y ella demasiado gorda para la fuerza que él mismo pudiera tener. De qué conoces tú a Quique, me preguntó alguien al verme intercambiar saludos. Se lo expliqué. Dije que me llevaba muy bien con él, que dentro de ese toque dado que tenía en la cabeza era probablemente una de las personas más cercanas a la verdadera felicidad que ningún otro encontraría jamás,.... Me sorprendió lo que me contaron a continuación.

Las andanzas de Quique.

La novia la conservaba pues no era tonto. Puede que tuviera alguna deficiencia mental o psíquica, pero no era gilipollas. De adolescente tenía las hormonas revueltas, pero quién no a esa edad. Los bailes y las salidas nocturnas se vieron alteradas al echarse pareja. Ahora tenía dos pasiones. Vicios. Pasión. Vicio Y más vicio. La primera y más fácil de satisfacer era el tabaco. Se pasaba el día fumando, era la mayor obsesión. Posiblemente llegaría a fumar hasta tres paquetes diarios, cosa que me llamó la atención pues como yo lo recordarse era escapando del humo cuando alguien fumaba a su lado. El segundo era algo más sano, más barato y mucho más satisfactorio. Escondido en cualquier rincón donde nadie lo viese echaba mano al miembro y empezaba a bombear. Como un mandril se mataba a pajas en cuanto tenía ocasión. Dicen que las pajas reducen el

riesgo de cáncer de próstata, aquí teníamos a un espécimen que podría morir de cáncer de pulmón pero con una próstata envidiable y reluciente. No hay mejor manera de saber algo que descubrirlo tú mismo. Aunque sea por accidente. Lo del tabaco era fácil de averiguar, simplemente bastaba con sacar un paquete de tabaco y esperar la reacción de Quique, soliendo ser la de dos dedos en los labios inquiriendo un piti. Tuve la suerte de no tener que esconderme y espiar a Quique para saber la verosimilitud de sus escarceos onanistas. La misma persona que me contara la historia fue quien descubrió al masturbador crónico agazapado tras varias cañas hincadas en el suelo. El pajillero entre el centeno. Siento consciente de lo inapropiado del lugar para dicha faena, reglas de conducta impuesta por todos y nadie, fue a pedir perdón a la que ahora me relataba lo sucedido. El bailón se había vuelto una persona totalmente introvertida quedándose cerca del autismo. La mirada perdida en las fachadas de los edificios, cada vez más profunda, más vacía.

A los pocos días de aquellas revelaciones me crucé con él y su novia, eran auténticos siameses, la gente ya no les prestaba atención y los años habían dado paso a la normalización de la situación. Pasé por su lado, en dirección contraria a la que él llevaba y al verme, con una gran sonrisa de dientes pequeños y ancha encía, me sonrió. Como lo hiciera siempre. Y yo levanté la mano mientras le devolvía la sonrisa para seguir camino de que aquella extraña pareja de sexos opuestos volviese a caer en el olvido de mis recuerdos.

Cuando llegué a casa y al encender la televisión encontré una película protagonizada por Paul Newman. Era de sus años mozos, cuando aún no tenía cara de viejo enfadado y sentías lo glacial de su mirada. Por un momento vi en sus ojos los de Quique.

Pero fue sólo un instante.

Capítulo 11

El pequeño Hitler.

Una mañana cualquiera, Los Angeles, soleada, cielo azul, pocas nubes. Estaba recién levantado, hacía un poco de calor en el dormitorio y tenía la cabeza algo embotada de la noche anterior, cuando fumo demasiado se me ahúma el cerebro. Así que salí a la puerta de casa, me senté en los escalones y respiré un poco de ese aire sano que sólo te puede dar la ciudad californiana más poblada, la segunda a nivel nacional, ni un alma digna de apreciar, productos de carnes y ropas caras, dieciséis millones de tubos de escape durante día y noche escupiendo diagnósticos cancerígenos para nuestra ilimitada sorpresa.

Con un vaso de agua en una mano para aclararme la garganta áspera y reseca y un cigarro en la otra vi como en la casa de enfrente, justo en la parte del aparcamiento privado que tienen esas casas tan americanas junto al porche, un niño de no más de seis o siete años saltaba, chillaba, corría en círculos. Llevaba en su mano una lupa y al sol del mediodía estaba disfrutando de esos pequeños micro-incendios que empiezan con tal instrumento. Recuerdo como mi abuelo siendo yo niño me enseñó a quemar, estando los dos sentados en la ventana de su despacho, por donde entraba el sol, quemar un papel con una lupa que tenía sobre su escritorio. Aquello me maravilló y quise saber si ese punto luminoso que hacía arder el papel que tenía debajo quemaba tanto, así que puse mi mano bajo aquel puntito blanco. En seguida noté un pinchado, me rasqué. Cuando vi que no tenía nada volví a poner la mano bajo aquel puntito blanco teniendo el mismo resultado. Por fin mi abuelo me vio y me advirtió que tuviese cuidado. Fue la primera y última vez que jugué con una lupa o la atomicidad solar.

Aquel niño, pequeño, de ojos azules y pelo rubio, tan rubio que era casi blanco, chillaba de alborozo mientras mostraba a nadie sus pequeños dientecitos blancos. Una diminuta llamarada empezó a arder de la hoja seca que usaba como diana. Esto pareció entusiasmarle. No se percató en ningún momento de mi presencia. Estábamos sólo él y yo en toda la calle. Él en su mundo y yo absorbido por él. La hoja se consumió lentamente hasta no quedar nada más que un rastro de cenizas como si de una babosa carbonizada fueran las huellas. Después cogió otra hoja así terminara como la anterior, una tercera siguió a la segunda, también hubo una cuarta. Con cada hoja el regocijo era menor, las víctimas inertes que eran las hojas estaban perdiendo intereses en el niño. Cuando la última hoja ardió el niño se puso de pie ya que durante todo el procedimiento de incinerado estaba de cuclillas, para mirar de cerca el proceso. Digo que tras ponerse de pie, con los pies clavados en el mismo sitio, giró la cabeza, primero a la izquierda, después a la derecha y nuevamente a la izquierda. Algo había captado de nuevo su interés. Se dirigió hasta el

borde la acera, allí vio como un tempestuoso río negro, un tráfico de hora punta circulaba en ambas direcciones, todos trabajadores, todas hormigas. Otra vez de cuclillas estuvo un buen rato observando, con calma, sin ningún tipo de prisa, los niños están llenos de vida, las pueden malgastar, tienen el derecho a ello. Al cabo de un par de minutos miró al cielo viendo donde estaba ahora el sol. Con movimientos maestros puso la lupa en posición para empezar la criba de insectos que circulaban sin saber lo que se les venía encima, ajenos a un fin tan próximo y abrasador. La operación había dado comienzo. Pero una nube, debía ser la única nube que había ese día sobrevolando Los Angeles fue a tapar el sol, la fuente energética que necesitaba su plan había desaparecido y con ella el exterminio de la especie trabajadora. Esperó un poco pero la situación no cambiaba, la nube se detuvo, el aire no movía ni la más flácida hoja en su rama. Miró la puerta de su casa, estaba abierta. Entró corriendo, desapareciendo en el umbral.

Ya hacía rato que me había terminado el cigarro y el vaso de agua, ahora me apetecía algo más burbujeante, como el espectáculo había acabado decidí ponerme de pie y entrar en casa en busca de mi aperitivo pero justo cuando estaba sacudiendo el polvo de la parte de atrás de mis pantalones vi que el niño salía, ya no con una lupa sino con un bote de aerosol. Sin esperar, sin reflexión previa como con la quema, el niño de forma indiscriminada empezó a fumigar toda la columna de hormigas, éstas alteradas por el repentino porvenir se intentaron desperdigar yendo hacia todos los lados que podían pero caían, como soldados acorraladas, caían. El destino todavía guardaba al niño un último premio. Mientras exterminaba a sus enemigos y los perseguía sin piedad llegó al hormiguero que daba origen a toda aquella marcha. Sin pensarlo ni un momento, ni siquiera por un segundo dejó de vaciar la reminiscencia del bote insecticida en el agujero, mordiénose el labio inferior mientras apretaba con fuerza el pitorro del aerosol. Al principio de la operación salían bastantes hormigas, sorprendidas, del hormiguero, queriendo salvar la vida sin oponer resistencia ante enemigo tan fiero. Al rato ya no salía ninguna, incluso los alrededores del campo de batalla estaba desierto. La raza invasora había muerto exterminada. Sólo quedaba la construcción llevaba a cabo por la antigua y ahora extinta civilización. El niño, triunfante, se puso de pie, miró alrededor buscando algún testigo de su triunfo y ahí fue cuando me vio, de pie en mi puerta, mirando, impasible, tranquilo por estar recién levantado. Sonrió con esa cara angelical que tienen algunos críos, enseñándome sus pequeños dientes, blancos, la mayoría de leche para darse la vuelta sin remordimiento y entrar de nuevo en casa, por la misma puerta que antes desapareciendo de mi vista pero con un grito que llegaba hasta mis oídos, mamá, mamá, las he matado a todas.

Capítulo 12

Puerta fría.

Era la última puerta a la que llamaría aquel viernes. Desde por la mañana temprano había recorrido la zona intentando vender una de esas malditas alarmas y ganarme la comisión correspondiente. Una comisión que no llegaba para pagar el alquiler. Más de ocho horas diarias seis días a la semana para terminar con menos de doscientos euros en tu bolsillo. Mes a mes. Pasen, pasen y vean, a Juan Cereceda, el auténtico esclavo-gilipollas. Un circo ambulante. El pequeño circo más grande del mundo. Este esclavo-gilipollas es capaz de hacer malabares a la par que dar sablazos. Cómo sino vivir en la capital sin morir de hambre a la orilla de un infecto río.

Aquellas casas estaban a pie de calle, en ocasiones dejaba de hacer portales para dedicarme a las viviendas unifamiliares que por su cercanía a la calle parecían mejor presa para encasquetarles el producto.

Riiiiiiiiing...

Sonó el timbre. Unos segundos después la voz de una mujer se escucha al otro lado de la puerta. Hola, buenas tardes, está la dueña, pregunté. Quién es, preguntó con tono de pocos amigos. Tranquila que no vengo a cobrar. En el lugar donde trabajaba se aconsejaban romper el hielo con una pequeña broma y no entrar directamente a saco a la víctima. La respuesta que me dio la señora fue bastante inesperada, cómo que no vienes a cobrar, me voy a cagar en tu puta madre. Tras lo cual se escucharon sus pasos alejándose de la puerta que no había abierto en ningún momento. Los jefes también te enseñaban a que no te afectaran los noes que podrían darte y que no eran pocos. Recibía una media de 190 noes cada día en esas ocho horas de trabajo no remunerado. Cada día había una charla motivacional, el tema era distinto cada vez pero al haber estado ya tres meses esclavizado por ellos estos discursos mediocres sacados de cualquier mal libro de autoayuda se repetían. Pocos éramos los que durábamos tanto en este tipo de trabajos. Debido a la situación económica la gente llegaba en masa a la caza de cualquier empleo. Todo era precioso. Simpatía en las paredes y los suelos. Si trabajas según nuestro método podrás llegar a ganar hasta cinco mil euros al mes. Aquí te mostraban a uno que lo había logrado el mes pasado. Grandes oportunidades de promoción. Yo antes estaba en la calle como tú y ahora tengo esta oficina con casi cuarenta empleados, te dicen, pero lo que no te dicen es que de esos cuarenta únicamente cobran él y su secretaria con la que además tiene una relación muy especial. Jugaban con tu ilusión y sobre todo con la necesidad. Yo era un pobre recién estrenado adulto que buscaba el ser actor y poder mantenerme hasta que ese día llegara pero me imaginaba al padre de familia, a la madre soltera, al hijo o al nieto que

tiene que mantener a flote la casa familiar por ser el único en una edad propicia para trabajar.

Una de las charlas que más me gustaba era sobre la bomba de agua, al principio la bomba de agua está dura, incluso parece estar atascada, y el chorro de agua no es más que un hilillo que no sirve ni para llenar un vaso pero con tesón y paciencia el aire va saliendo, se va creando el ansiado vacío y el agua brota a borbotones sin apenas esfuerzo. Gilipolleces como una catedral. También te aconsejaban no dar más información de la necesaria. Esto era algo obvio pues el producto que vendíamos era una alarma con un precio fuera de órbita y una calidad ínfima. Quinientos euros la alarma más los pagos que había que hacer mensualmente para que estuviera conectada con la centralita, todo ello con una permanencia de dos años, si el contrato no se cumplía por parte del contratante la multa por anulación sería de casi mil euros por el coste real del aparato. Las pocas veces que fui capaz de endosarle a alguien uno de estos chismes la culpa me comía por dentro. Parecían buenas personas. Lo tenían que ser para dejarme entrar en sus casas mientras estaban descansando, tirados en el sofá o en cualquier otro rincón y perder su poco tiempo de ocio con un prenda sin pasión en la mirada. Pero había que comer y si no eran los suficientemente inteligentes como para cerrarme la puerta nada más verme era culpa suya y de nadie más.

Pero una cosa era que me cerraran la puerta y otra que me insultaran de aquella manera. No era la primera vez que ocurría pero aquella mañana se rompió algo en mi cerebro que no dejó pasar aquella mala ofensa. Tras dar unos cuantos pasos dejando atrás aquella casa sin caber en mi asombro decidí dar la vuelta para sacarle a aquella hija de puta un perdón por mentar de manera tan descarada la memoria de mi madre. Volví sobre mis pasos hasta la puerta justo en la misma posición que había adoptado hacía un par de minutos. La misma voz ahora algo histérica me respondía al otro lado de la puerta cerrada. Con calma queda dije, Perdone, estoy de acuerdo en que puede ser un incordio que vengan a importunarla a su casa pero esa no es razón para insultar a mi madre, si usted fuera una señora como ella lo era saldría y pediría perdón. Pasaron unos segundos en los que no hubo respuesta. girando sobre mis talones emprendí mi regreso a la oficina donde tendría que dar el parte de la jornada. Cuatro horas de una soleada mañana de viernes, perdida por completo. Para mi sorpresa escuché como la cerradura de la puerta se abría de forma nerviosa. Sin dejar de andar volví la vista atrás y vi como de la puerta salía una mujer que contaría poco más de cincuenta años y metro y medio de estatura. Gritaba mientras esgrimía un puño en el aire exigiendo perdón por mi falta de educación. Su cara era una maraña de sangre, músculo y venas, todos ellos rojos por la ira. Esto debía ser lo que se siente en los Sanfermines. Ante aquella aparición mi semblante se tornó en sonrisa y decidí seguir camino sin prestar atención a aquella loca

menopáusica.

Oye, que te estoy hablando, niñato, gritaba a mi espalda. Escuché otros pasos tras de mí a parte de los de ella. Eché un vistazo sobre mi hombro y vi a su marido. Un hombre, al menos en algún momento de su vida lo había sido, calvo con escaso pelo en las sienes, de la misma estatura que su mujer pero el doble de ancho. Daba la impresión de ser un muñeco de nieve hecho de carne, bola sobre bola y patillas cortas. Eran una pareja bastante cómica, ciertamente. Los gritos empezaban a crisparme un tanto. Ella no hacía más que gritar, FUERA DE MI PROPIEDAD O LLAMO A LA POLICÍA. Yo le decía, señora, si estamos en la calle, qué coño de propiedad privada, es usted la dueña de Madrid o qué. Esto hacía que se enfureciera aún más. El marido con voz de eunuco aconsejaba a la esposa que volvieran a entrar en la casa. Pero ella seguía. Ella seguía y mi paciencia se agotaba a cada momento por aquella voz estridente. Veneno, puro veneno. Pero no se tarda mucho de pasar de lo verbal a lo físico. Y pronto noté como me cogía de la muñeca intentando darme la vuelta. Mi respuesta a esos agarres eran un simple, SEÑORA, ME QUIERE DEJAR EN PAZ. Pero la zorra seguía. Una y otra vez, una y otra vez. Cada vez que me agarraba yo daba un tirón de mi brazo. En uno de esos tirones me di la vuelta mientras tenía el brazo levantado. Esto me hizo ver como el matrimonio creyendo que iba a propinarles un golpe se encogían ante el miedo. Estaba lejos de mis intenciones emprenderla a puñetazos con aquellos carcamales pero aquella señal de cobardía me hizo soltar una carcajada. Estaba a punto de cruzar la calle cuando ella me asió la chaqueta del traje que llevaba, el único traje que tenía, regalo de mi padre para su boda y que le había costado gran parte del sueldo, pero es que los jefes también te vendían eso de que tienes que entrar por los ojos al cliente si quieres vender. Así que allí iba yo con mi traje. Intenté que la mujer soltara la chaqueta pero me tenía atrapado como un halcón a su presa. En cuanto lograra librarme de aquella loca ama de casa pegaría una carrera calle abajo para escapar de aquel acoso que ya empezaba a rozar en lo ridículo. No habían pasado ni cinco minutos y ya me había olvidado del insulto a través de la puerta. Sin soltarme, gritaba, MANOLO, LLAMA A LA POLICÍA, LLAMA A LA POLICÍA, MANOLO. Manolo no sabía qué hacer. De mí lo único que salía era, Señora, muy bien, pero suelte la chaqueta que el traje cuesta una pasta. Ella mientras tanto, MANOLO, LLAMA A LA POLICÍA QUE LO VOY A DENUNCIAR. Todo aquello debía ser un digno espectáculo ya que las pocas personas que circulaban por la calle se pararon a verlo. Señora, si no me suelta voy a denunciarla yo a usted porque me está reteniendo contra mi voluntad y eso es un secuestro, le espeté. La mujer no sabía dónde meterse, su cara se transformó en puro odio. Las fases que atravesó eran dignas del mejor pintor impresionista pero sin verlo venir terminé con un escupitajo en mi cara. La muy zorra me escupió sin ningún pudor. Pareció detenerse el tiempo. Aquello era el fin de la diplomacia. La palabra había muerto, ya no podría ser nunca más la razón. De aquella situación lo único que me sacaría serían un par de hostias bien dadas, pero debía administrarlas con cierta delicadeza. Era

consciente de mi fuerza y sabía que un golpe mal dado a aquellas criaturillas del señor podía ser fatal. Fatal para mí. En aquel momento de enajenación no me hubiese importado reventarles la cabeza a gusto y marcharme a casa tan tranquilo. Como si tuviera un muelle en el brazo y con la mano abierta le crucé la cara a la hija de puta que me había escupido. Esto hizo que me soltara la chaqueta. Ya había pensado en la posibilidad de que el marido respondiera al golpe propinado a su hembra así que intenté predecir lo que haría. Su respuesta fue darme una torta de modo idéntico a la mía que pude esquivar pero aquel rechoncho cabrón consiguió enganchar mis gafas y mandarlas a tomar por culo con la punta de sus dedos. En menos de un segundo lo miré de arriba abajo intentando adivinar dónde sería mejor darle para tener tiempo a salir por patas y escapar de una vez de aquel manicomio callejero. Supuse que me devolvería el golpe que yo le diera de idéntica forma así que le di una patada en la cintura. Tuve la suerte de estar en lo cierto. El hombrecillo me devolvió el movimiento de la misma manera pero de forma más lenta. Adecuando el cuerpo al golpe conseguí agarrarle la pierna dejándole un único punto de apoyo, así que tiré hacia mí de la pierna que tenía atrapada en mi zarpa provocando que cayera de culo sobre la acera. Ahora. Ahora era el pistoletazo de salida, mandarlos a la mierda. En el momento en el que emprendí la carrera escuché un desgarró en mi espalda. Al desgarró siguió un sudor frío que atravesó toda mi columna vertebral. La cabrona de la enana había agarrado mi chaqueta sin que me diera cuenta y entre mi carrera y el tirón que dio de ella se deshizo en pedazos. Aquello me volvió totalmente loco. Me paré en seco. Mi cara debía ser la de un jodido psicópata. Di la vuelta y encaré al matrimonio. Con voz queda les dije, Si tenéis cojones acercaros un solo centímetro que os reviento a hostias, hijos de puta. La mujer en su locura se me acercó y yo di un paso hacia ella. Mi falta de vacilación y toda mi masa corpórea sumada a mi estatura de casi dos metros pareció achantarla. Di la vuelta y empecé a caminar como quien da un paseo en un mañana soleada como ciertamente lo era. Para asegurarme volví la vista atrás incrédulo y furioso observando como el marido metía la mano en un contenedor de obras para sacar un ladrillo. ¡ENCIMA ME VAS A TIRAR UN LADRILLO, VENGA, A VER SI TIENES HUEVOS QUE TE REVIENTO LA BOCA CONTRA LA ACERA!. Dejó caer el ladrillo de su temblorosa mano, cogió a la mujer y salió corriendo hacia su casa.

Cuando torcí la esquina me quité la chaqueta que hasta ese momento había llevado puesta. Miré el desgarró y me cagué en los muertos de todo bicho viviente.

Quince minutos después estaba en la oficina. Nada más entrar por la puerta me preguntaron qué pasaba. Relaté la historia. Me senté, bebí un vaso de agua y mirando al que me mandaba le dije. Me piro. De acuerdo, me dijo, pero tienes que firmar esta carta de renuncia. Anda y vete a tomar por culo, fue mi respuesta. Y salí a la calle mientras un coche de policía me preguntaba si había visto a un chaval con gafas que la había

emprendido a mamporros con una pareja que vivía no muy lejos de allí.
No, lo siento, les dije.

Con los ojos achinados, víctima de la miopía, llegué a la parada de metro más cercana, salté el tornó y esperé la llegada del tren que me llevara a cualquier otro lugar, lejos de toda aquella repugnante locura.

Capítulo 13

La escatología del trabajo.

Ya habrían pasado los diez minutos de rigor que calculaba para expender en el baño. Aunque realmente no hacía uso del baño en su tradicional cometido, simplemente me sentaba sobre la taza del váter y descansaba las piernas. Algunas veces fui más osado y ocultaba un libro bajo la camiseta para leer aunque fuera un par de párrafos o con el móvil en la mano jugaba algunas manos al póker tejano. Hacía todo el paripé por si alguno de los jefes estaba al otro lado echando una meada. Cogía un poco de papel del rollo para que sonara el cilindro de metal del que colgaba, lo tiraba dentro del váter vacío de cualquier sustancia a excepción del líquido elemento y tiraba de la cadena. Para ponerle el punto y final me lavaba las manos y salía de nuevo al ruedo.

Para pasar del baño a la planta comercial propiamente dicha tenías que cruzar un almacén lleno de cajas de diferentes marcas de ropa apiladas según éstas. Siempre había alguien allí charlando y escaqueándose algunos minutos de sus secciones vacías de clientes para charlar tranquilamente sin el escrutinio incesante del látigo. Yo prefería hacer toda la mascarada de ir al baño y fingir que cagaba. Junto al mostrador de mi sección estaba esperándome uno de los encargados de planta. Uno de los más jóvenes, no recuerdo bien su nombre, puede que fuera Ricardo, cuya característica principal a parte de parecer que llevaba un palo bien largo metido por el culo, nunca vi a nadie que caminara tan recto, tan erguido, era el de tener unos ojos inyectados en sangre como si se hubiese fumado toda una cosecha de marihuana, raíces, hojas y semillas incluidas. Me miraba llegar con esos ojos de perro rabioso y su talante que creía superior. Todos los jefes creían ser superiores no sólo en rango sino en moral al resto de los empleados que cobraban una miseria, éramos mierdas y ellos la salvación del universo. Cuando llegué a su altura lo saludé como quien no quiere la cosa. Su respuesta fue un simple y mal sonoro, Qué. Lo miré entonces con toda la calma del mundo y le dije, Qué. Eso digo yo, respondió. Ah, muy bien. Mi actitud en El Corte Inglés era bastante relajada. Mis compañeros eran la mayoría esclavos a las órdenes de aquella panda de caciques que te atemorizaban con ponerte en la puta calle, lo que les funcionaba con todos por el miedo que tenían a perder sus trabajos y sabiendo que el encontrar otro estaba más que jodido. Mi certeza de saber que únicamente estaba allí de paso creaba en mi estado de ánimo un pasotismo total ante la presión que ejercían, o pretendían ejercer, sobre mí.

Ataraxia laboral.

El primer encontronazo que tuve con el tal Ricardo fue un día cualquiera, semanas antes. Estaba colocando ropa en los estantes o haciendo

cualquier otra de mis obligaciones. De pronto escuché su voz a mi espalda, le preguntaba a una de las empleadas cuál era mi nombre. Juan, dijo la chica obedientemente. Esto lo hizo al llamarme un par de veces refiriéndose a mí como chico. A lo que yo hacía caso omiso. Finalmente dijo, Juan. Me di la vuelta simulando sorpresa, Sí, pregunté. Eso qué es, me preguntó mientras me miraba el culo. Mi culo, respondí para preguntarle después, Me estabas mirando el culo, en tono falsamente ofendido. Toda la cara se le puso del mismo color que los ojos, no por vergüenza sino por la mala leche que le subió de pronto por la hirviente sangre, Me refiero a eso que llevas en el bolsillo de atrás. Hostia, a ver si leemos más, esto es un libro, le vacilaba con gusto. Se puede saber por qué tienes un libro ahí. No sé, no me molesta. Bueno, pues déjalo en el mostrador y no lo llesves ahí. Vale. Así terminó nuestro primer tango.

Así que había salido del servicio y allí estaba esperándome. Tras el qué y demás me dijo que llevaba media hora en el baño. Le aconsejé que fuera a la planta baja para ir a la relojería y revisara la maquinaria del reloj ya que no llevaba ni quince minutos. El reproche del tiempo me jodió sobremanera. Todos mis compañeros con la excusa de fumarse un cigarrito tardaban hasta veinte minutos, y se fumaban varios durante el día. Por aquel entonces estaba intentado dejar de fumar y no desperdiciaba ese tiempo en echar el cigarrito sumado a tener que bajar y subir las seis plantas que nos separaban de la calle. Yo trabajaba para una marca de ropa específica, todos los trabajadores de dicha marca hacíamos turnos de seis horas diarias. Lo jodido y ridículo de estas jornadas era que por no ser jornada completa, aunque hacíamos las cuarenta horas semanales, no teníamos derecho a descanso, sólo si hacías ocho horas tenías treinta minutos para comer y si el turno era de siete entonces eran quince. Pero esto únicamente pasaba los sábados y los domingos. Como no me gustaba dar explicaciones nunca intenté hacerle ver a ninguno de los jefes la polémica discriminatoria entre los fumadores y los no fumadores. Suponía que si habían llegado a jefes de los grandes almacenes sería porque tendrían cierta inteligencia y les daba un voto de confianza para ver si eran capaces de averiguar por ellos mismos sin ayuda de nadie dicha injusticia para con los no fumadores.

Nunca llegó ese sentido común.

Se me plantó delante y me dijo, Yo creo que tú eres un tío muy inteligente. Nos ha jodido que lo soy, dije a mi vez. Y sé que si eres inteligente sabes lo que te conviene. Por supuesto que lo sé. Pues eso. Pues eso. Así terminó aquella batalla. Pasaron poco más de dos horas. Volví, ante la inactividad de la clientela por otra parte ausente, a hacer otra escapada al baño. Mismo ritual, mismo tiempo, diez minutos. Los mismos que estaban charlando en el almacén volvían a estar allí. Me demoré unos minutos con ellos mientras me contaban un par de chistes o chismes. Cuando salí de allí mi centinela particular me esperaba con cara de pocos amigos y mucha ira mal contenida. Sabes cuánto tiempo llevas

en el baño, preguntó. Se me cruzaron los cables, aquel acoso tocapelotas empezaba a molestarme, terminé soltando con cierto orgullo extraño, Joder, me siento importante viendo que uno de los mandamás está pendiente de mis cagadas. Se dio la vuelta y se marchó por donde intuía había venido. Minutos más tarde me llamaban por teléfono. Era de la oficina central. Me pedían que fuera a las oficinas de Administración, situadas a tomar por culo, para recoger un pase de empleado, me mandaban a otra tienda en las afueras de Madrid. No hubiese pasado nada en realidad pero mi piso estaba justo al lado de aquel centro en concreto y eso agravaba todo el asunto. Sabía por experiencia ajena, lo había visto hacer con otros, era el procedimiento a seguir para desembarazarse de algún empleado molesto, sabiendo dónde vivías, te ubicaban a tomar por culo de tu casa, así te minaban la moral, hasta que hartado de tanto ir y venir acababas por renunciar. Se ahorraban así tener que pagarte la compensatoria por despido y demás papeleo. Dije que aquella oficina estaba demasiado lejos y que no deseaba perder mi tiempo de ocio en ir hasta allí para lo que tendría que invertir más de tres horas, Si queréis que vaya a las oficinas de administración tiene que ser en horas de trabajo. Del otro lado del teléfono lo único que se escuchaban eran peros y reproches. Obviamente, sabía que aquella era el final de mi andadura con las maravillosas tiendas El Corte Inglés. Uno de los motivos con los que pretendían atraparme era el sueño de poder hacer carrera con ellos. Una oportunidad maravillosa. También me dejaban saber lo mal que estaba la situación para encontrar trabajo en el exterior, aquellas sucursales eran planteadas por como una utopía, un microcosmos del bienestar económico-laboral. Tenían muchas esperanzas puestas en mí. Mi respuesta fue simple, Lo siento, pero yo no quiero hacer carrera con vosotros, soy actor y escritor y ya me hice a la idea que iba a morir siendo pobre. Algunos gritos y extrañas amenazas. Fue un tanto divertido, principalmente por el cariz absurdo que tomaba el asunto. Mientras todo esto ocurría el famoso Ricardo miraba mal escondido tras una columna pero en ningún momento su rostro mostró el triunfo deseado pues sus ojos enrojecidos contemplaban la actitud de un tío totalmente despreocupado ante la pérdida por su mierda de empleo. Si vas a dimitir debes avisar con dos semanas de antelación, dijeron, Supongo que la vida no es justa para nadie, repliqué, Buscad a otro que os lama el culo.

Cuando salí a la calle pasé frente a un estanco, lo miré por el rabillo del ojo sin mostrar demasiado interés en su interior. Todos solían ser iguales. Millares de cajetillas de tabaco y algunos artilugios ingeniosos e inservibles para fumadores. Anduve unos cuantos metros más, paré en seco y volví sobre mis pasos. Entré en el estanco, compré un paquete de Lucky Strike y un mechero, le quité el precinto, saqué un cigarrillo y lo encendí. Empecé la marcha de nuevo y mientras se consumía y el humo del tabaco inundaba mis pulmones pensé mientras reía que posiblemente nada de aquello hubiese ocurrido de haber fumado. Pero es que cagar siempre me ha resultado un vicio más sano e infinitamente más barato

que el tabaco.

Cuando llegué a casa me senté en el sofá, tiré el paquete el tabaco sobre al mesita de café y saqué una litrona de la nevera para ponerme a actualizar mi currículum.

Capítulo 14

Capítulo 15

Film noir.

El olor a carne proveniente de la barbacoa llegaba desde el otro extremo de la casa. Atravesaba el salón hacia la terraza donde estaba apostada la gente. Personas de varios estilos estaban sentadas allí, a la luz de la tarde apenas dejado atrás el mediodía. Por lo general chicos y chicas bien vestidos a la última moda californiana. El orgullo generacional de todo un país. Tras salir a escena, los tertulianos de aquella parroquia parrillera se me presentaron. Ellos y ellas con sus nombres anglosajones que no fui capaz de retener aunque tampoco hiciera el menor intento por ello ya que nunca conseguía mi objetivo. Me había dado por vencido en tal materia, además a la mayoría de ellos no volvería a verlos jamás por lo que consideraba una pérdida de tiempo y espacio el tratar de recordar sus etiquetas. Al menos veinte personas me dijeron hello o cualquiera de sus variantes. Yo correspondía con la mejor de mis falsas sonrisas para que Elizabeth viese relacionarme con aquel grupo dispar. Tras la ronda de bienvenida me apoyé en la pared junto a la puerta que daba al salón y por la cual acababa de entrar cambiando únicamente de postura para coger latas de cerveza de un cubo que estaba repleto de ellas junto al hielo para mantenerlas frías.

Justo a mi vera había un chaval todo cubierto de tatuajes. Fue uno en concreto quien llamárame la atención. Una tumba, con una serpiente enroscada en ella y un cuervo como vigía que decía "Don't Try". Sonreí. Sonreí como un niño estúpido pues no podría aquel chaval que resultó ser de Pittsburg burlarse de mi conocimiento. Me incliné hasta poner mi cara a su altura y le pregunté, Ese tatuaje que tienes en el brazo de la tumba, es por Bukowski, verdad. Como si tuviera un muelle en el culo se levantó del asiento y me abrazó mientras decía lleno de alegría, Eres el primero en adivinar de qué trata este tatuaje. Una risa vanidosa salió disparada de mi garganta. Los siguientes minutos a esta revelación consistieron en las preguntas de rigor y cortesía, interrogatorios, que se suelen hacer las personas de bien y mal, exceptuando la del nombre pues ya habíamos cumplido con ella a mi llegada. Aquí fue cuando supe su procedencia y que como oficio tenía el restaurar muebles y darles otro estilo. Sentí respeto por él y su arte mobiliario. La carpintería siempre me ha parecido un arte de cirujano.

Aproveché el que se quedara de pie para robarle la silla en la que había estado sentado hasta mi descubrimiento de su tatuaje. El sol que ya empezaba a bajar rozaba suavemente mi cara oculta tras las gafas de sol graduadas. En derredor personas sentadas continuaban con sus tertulias ajenas a mi aislamiento. Aislamiento que aprovechaba para observar todo, a todos, y sacar conclusiones que más tarde me servirían o desearía sin

compasión. El chico de los tatuajes se sentó en un banco que dejara un hueco libre tras levantarse una chica de él. Entonces me di cuenta. Llevaba un rato mirando escondido tras las gafas de sol pero fue en ese instante cuando me percatara. Una chica sentada a mi derecha mostraba disimuladamente un gran canalillo en un insinuar de grandes pechos. Lo que hacía más atractivo aquella oquedad en el pecho era la falta de sujetador que ostentaban aquellas ubres sólo comparables con su propia belleza hipnótica. Eran dignos de figurar en la mejor película porno de los ochenta. La blusa de botones desabrochados casi hasta el ombligo no dejaba que llegara a ver el pezón.

Circunstancias cotidianas que se plantean como la mejor película de suspense.

Me obsesioné con aquellos pechos. Con la idea de ver uno de los pezones posiblemente rosados que tendría aquella chica. O quizás fueran marrones. Qué importancia tendría. No tenía nada reseñable en todo su cuerpo tanto como lo eran sus pechos. Pero el pezón no aparecía. La blusa de color fucsia bailaba con cada movimiento que hacía la modelo. Cada instante se convertía en una posibilidad para desenterrar aquel tesoro que otro disfrutaría en su totalidad. De vez en cuando miraba en derredor para asegurarme de que nadie era consciente de mi espionaje mamario.

De vez en cuando me distraía, más acertado estaría decir que me distraían, con una conversación, alguna pregunta dirigida directamente a mi rostro que no podía evitar y que contestaba con todo el interés del que era posible y que a la par me servía para practicar el idioma y paliar el interés que sentía por aquellos pezones ocultos. Pero la curiosidad era demasiado para evadirla de forma tan simple. Mi mente se había dividido en dos, como dos eran los pezones. Unos pezones que se habían convertido en la mejor película de misterio. Un misterio que sólo sería desvelado al final de la trama, dándole yo mismo el final a la trama. El viento soplaba suavemente pero no estaba de mi parte. Rezaba en mi mente por un soplo de aquel aire que no llegaba para hinchar su blusa y dejar libre mi mente de aquel bache mientras el sol seguía bajando a punto de tocar el horizonte y daba al cielo matices de pintor divino a la bóveda californiana y acariciando cada vez con más fuerza mi cara. Ella parecía no darse cuenta, su novio tampoco sentada a su lado. Nadie se percataba de mi obsesión.

Un escaparate que te muestra lo que no puedes comprar.

Unos pechos que caían sobre aquel torso blanco por el simple efecto de la gravedad.

Eran demasiado grandes para poder mantener una posición más elevada. Siempre confeso de buenos culos pero nunca menospreciador de un buen

busto, aquello casi se había convertido en algo personal.

La película de suspense se volvió aburrida aunque los movimientos de la protagonista o las protagonistas dieran algún vuelco a mi corazón cuando a punto estuvieron de llegar al final, final apoteósico que esperaba. Pero no fueron más que falsas alarmas que terminaron por perderme como espectador.

Malditas historias de final abierto.

Así que miré la puesta de sol que tenía lugar frente a mí mientras el sol que pegaba desconsoladamente en mi cara me cegaba, y me cegaba, y me cegaba...

Capítulo 16

www.bienvenidosalexilio.com